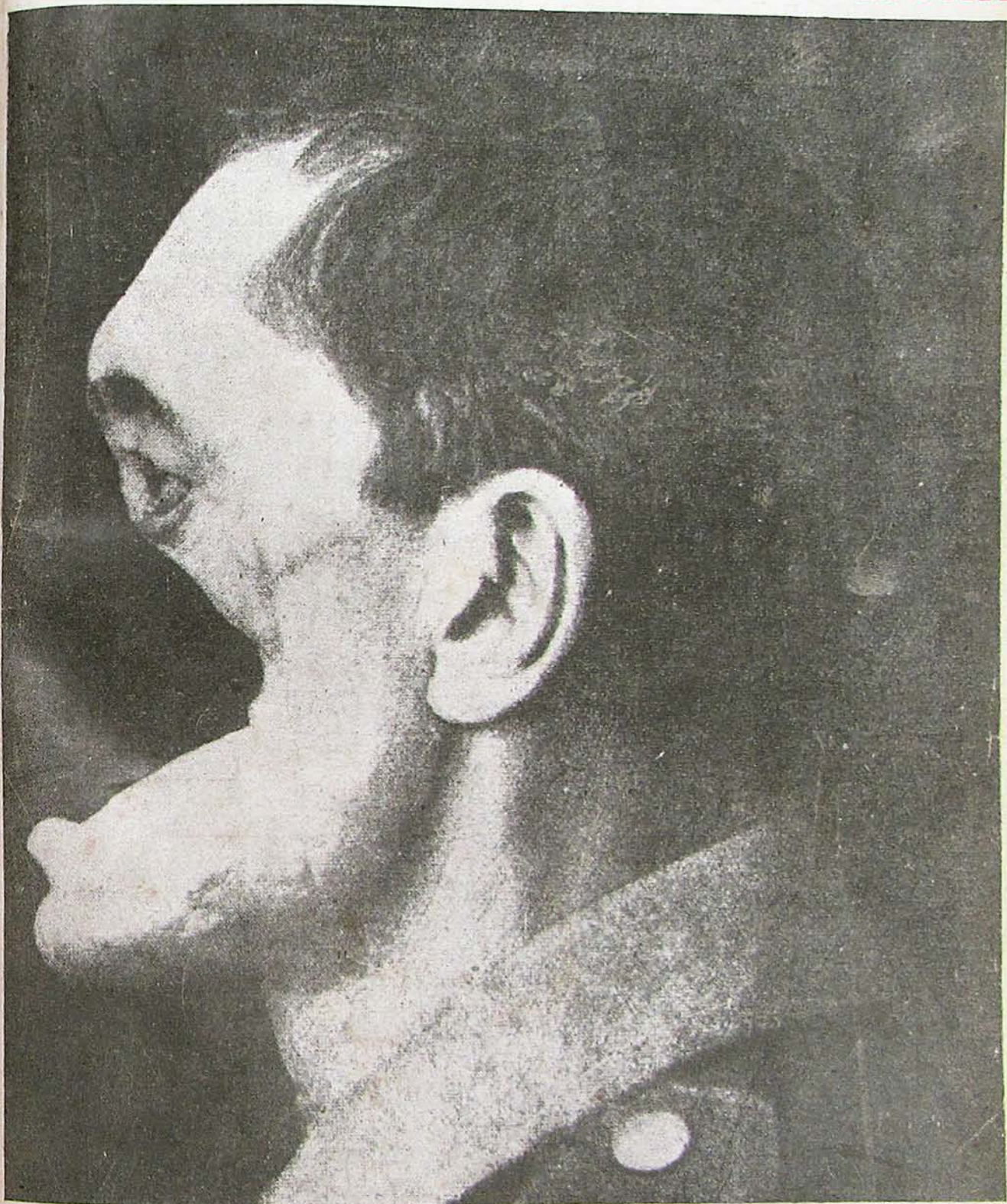


**CONTRA LA GUERRA**  
**CONTRA LA MENTALIDAD MILITAR**



**LOS PENSADORES**



# EDITORIAL CLARIDAD

## Suplemento del catálogo de obras en existencia

### LIBROS Y PUBLICACIONES DIVERSAS

Musset, Alfredo de.—Gamiani .....	0.40
Fabbri, Luis.—¿Qué es la anarquía? .....	0.10
Trelles, José A. (El viejo Pancho).—Paja brava .....	0.20
Un tomo conteniendo: Poesías, de Andrés Ce- peda; El tren expreso, de Campoamor, y La leyenda del mojón, de Juan Pedro López..	0.20
Del Campo, Estanislao.—Fausto .....	0.20
Castellanos, Joaquín.—El Borracho .....	0.20
Ardrinoff, Pedro.—Historia del movimiento machnovista .....	1.80
Castelnuovo, Elias.—Animas benditas .....	0.20
Barletta Leonidas.—Canciones Agrias .....	1.—
Barletta Leonidas.—Los vientres trágicos ..	1.—
Borghi, Amando.—La Italia tra due Crispi ..	1.50
Bravo, Mario.—Canciones y Poemas (edición papel pluma) .....	1.—
Castelnuovo, Elias.—El monstruo .....	0.20
Dicenta, Joaquín.—El minero .....	0.20
Fabbri, Luis.—Dictadura y Revolución .....	2.—
Faure, Sebastián.—Los Anarquistas .....	0.10
Justo, J. B.—Socialismo .....	1.—
Malatesta, E.—Au café .....	1.—
Marx, C.—El Capital (trad. por Justo) .....	4.—
Rocker, Rodolfo.—Artistas y rebeldes .....	1.80
Rolland, Romain.—Vida de Miguel Angel ..	1.—
Rolland, Romain.—Vida de Mahatma Gandhi	1.—
Rolland, Romain.—Vida de Tolstoi .....	1.—
Stanchina, Lorenzo.—Brumas .....	0.50
Tagore, Rabindranath.—Pájaros perdidos ..	0.30
Unamuno, Miguel de.—Los ideales de mi vida	0.20
Uncal, José María.—Los poemas cantábricos	1.—
Kropotkin, Pedro.—La Gran Revolución ..	2.—
Drauger, William.—La Vida Sexual .....	1.50
Hardy, G. Dr.—Medios para evitar el emba- razo .....	2.—
Nietzsche, F.—Así hablaba Zaratrusta .....	1.—
Urales, Federico.—Sembrando flores .....	0.30
Muller, J. P.—Mi sistema .....	0.50
Barcos, Julio R.—Libertad sexual de las mu- jeres .....	1.50
Flammarion, Camilo.—Urania .....	0.50
Blasco Ibáñez, V.—Sangre y Arena .....	0.50
Hernández, José.—Martín Fierro .....	0.20
Francé, Anatole.—Escritos Póstumos .....	0.40
Fulginiti, Juan B.—Trovas al pueblo .....	0.20
Kropotkin, Pedro.—Ética .....	2.50
Salas Subirat, J.—Pasos en la sombra .....	0.40

### LOS POETAS

Antología de versos para niños .....	0.20
Beequer, Gustavo Adolfo.—Rimas .....	0.20
Birón, Lord.—Poesías selectas .....	0.20
Bravo, Mario.—Canciones y Poemas .....	0.20
Bufano, Alfredo R.—Misa de réquiem y otras poesías .....	0.20
Calou, Juan P.—Poemas Póstumos .....	0.20

Carducci, Josué.—Nuevas Rimas .....	0.20
Carrere, Emilio.—Los ojos de los fantasmas.	0.20
Carriego, Evaristo.—Misas Herejes y Poemas Póstumos .....	0.50
Cervantes.—Versos del Quijote .....	0.20
D'Annunzio, Gabriel.—Poesías líricas .....	0.20
Jiménez, Juan Ramón.—Elegías puras y la- mentables .....	0.20
Dario, Rubén.—Baladas y Canciones .....	0.20
Dario, Rubén.—El canto errante .....	0.20
Echeverría, Esteban.—La cautiva .....	0.20
Shakespeare, William.—Sonetos .....	0.20
Urbina, Luis G.—Antología .....	0.20
Vasseur, Armando.—Cantos Augurales .....	0.20
Palma, Ricardo.—Armonías .....	0.20
Fernández Espiro.—Poesías Completas .....	0.20
De Diego, Rafael.—Las angustias .....	0.20
Espronceda, J. de.—Selección de Poesías .....	0.20
Gabriel y Galán, J. M.—Nuevas castellanas.	0.20
Goethe.—Poesías líricas .....	0.20
Heine, Enrique.—Poesías .....	0.20
Herrera y Reissig, Julio.—Las lunas de oro.	0.20
Hugo, Víctor .....	0.20
Dante Alighieri.—Poesías de Amor .....	0.20
Mistral, Gabriela.—Selección de Poesías ...	0.20
López, Luis C.—De mi villorrio y Posturas Difíciles .....	0.20
Machado, Manuel.—Caprichos .....	0.20
Isaacs, Jorge.—Poesías completas .....	0.20
Maturana, José de.—Las fuentes del camino	0.20
Santos Chocano.—Alma América .....	0.20
Silva Valdés, Fernán.—Agua del tiempo ...	0.20
Stechetti, Lorenzo.—Póstuma .....	0.20
Verlaine, Paul.—La Buena canción .....	0.20
Carriego, Evaristo.—Misas herejes .....	0.20
Guerra Junqueiro.—La muerte de D. Juan ..	0.50
Martí, José.—Versos libres .....	0.20
Méndez, Gervasio.—Poesías completas .....	0.20
Musset, Alfredo de.—Poesías .....	0.20
Mármol, José.—Poesías escogidas .....	0.20
Núñez de Arce, G.—Poesías y Poemas cortos	0.20
Valencia, Guillermo.—Poemas .....	0.20
Nervo, Amado.—La amada inmóvil .....	0.20
Guerra Junqueiro.—La vejez del Padre Eterno	0.20

### BIBLIOTECA CIENTIFICA

Alba y Giménez, Dres.—La prostitución ...	0.20
Climent, T. R. Dr.—Higiene sexual del soltero y de la soltera .....	0.20
Dupuy, R. Dr.—La vida sexual .....	0.20
Escalante Escandón, Dr.—El Amor Fecundo	0.20
Escanciano, J. J.—La radiotelefonía vulgari- zada .....	0.20
Flammarion, Camilo.—La Ciencia .....	0.20
Forel, Augusto Dr.—Ética sexual .....	0.20
Forel, Augusto Dr.—Historia de la vida se- xual del hombre y del matrimonio .....	0.20
Fournier y Bloch, Dres.—La sífilis .....	0.20
Gámbara, L. Dr.—Historia de la doctrina na- tural .....	0.20



## LOS PENSADORES

Revista de arte, crítica y letras. — Publicación de Editorial CLARIDAD

Director: ANTONIO ZAMORA

Dirección Postal: Casilla de Correo 736, — Oficinas: Independencia 3531-33

Año V.

Buenos Aires, Junio de 1926

Núm. 122

# CONTRA LA GUERRA

Los armamentistas dicen: Debemos armarlos, a fin de estar apercebidos para la defensa.

Pero, ¿contra quién vamos a defendernos? "Contra cualquiera que nos ataque": no es una respuesta justa, porque no es lo que pensamos: no pensamos en cualquiera; pensamos en alguien que puede atacarnos. Pensamos en Brasil y pensamos en Chile.

"Hasta acá hemos estado desarmados", dicen los armamentistas. Esto no puede seguir.

Sin embargo, hasta acá las cosas han ido muy bien. La Argentina ha progresado algo, porque no ha tenido guerra. Cuando el conflicto de límites con Chile, estuvimos a pique de tener guerra; gracias a Roca y a Mitre la evitamos. Ellos sabían lo que era la guerra: que es lo que no saben nuestros generales de academia.

Nadie nos amenaza; no tenemos conflictos comerciales, no tenemos rivalidades políticas; no tenemos cuestiones de ninguna especie con los países vecinos, que son los que pueden atacarnos y no nos han atacado hasta acá. Si nos armamos, demostramos recelo y feo ánimo; demostramos por ahora miedo y como vamos a gastar 180 millones, seremos los mejor armados, gallearemos con cañones, acorazados y tanques; infundiremos miedo y nos odiarán; crearemos fama de estado militarista y bravucón y nos pasará lo que en todos los tiempos ha pasado a los estados militaristas y bravucones: nuestros vecinos formarán una coalición y se nos echarán encima: como le pasó a Alemania.

Esto nadie puede ignorarlo. De modo que cuando los armamentistas dicen que debemos apercebirnos a la defensa, no es que sea ocasión de defendernos contra nadie; porque en verdad nadie que sepamos pretende atacarnos; nuestros vecinos tienen problemas que les impiden pensar en eso; y aunque pudieran, no hay derecho a creer que lo harían si nunca hasta acá han tentado de agredirnos cuando se hallaban en mejores condiciones y más fuertes que nosotros; lo que nuestros armamentistas procuran es tener esa ocasión de defendernos, que nadie nos proporciona; quieren la guerra, para poder defenderse, y por esto se preparan con armamentos. En todos los países los

partidos que quieren la guerra han alegado siempre el motivo de defensa, y han traído la ocasión: la ocasión de la defensa es la guerra; y el armamentismo de suyo es una provocación.

El armamentismo tiene un efecto precisamente contrario del que se pretende. Con el armamentismo se pretende estar en condiciones de defensa; pero lo que se hace es fomentar el armamentismo en los demás, y estar todos, al fin, más o menos iguales. Cuando hay armas y hay un cuerpo de oficiales académicos en un estado armamentista, se hace la guerra: porque el hombre tiene armas para matar, pero las más veces mata porque tiene armas. Eliot, el que fué gobernador de Harvard, le escribió al presidente Wilson que Estados Unidos debían levantar un ejército contra Alemania, porque éste era un estado militarista y bravucón de la peor especie. Eliot escribió eso cuando aun no había estallado la guerra. Es un ejemplo del sentimiento que inspiran los estados armamentistas. Muchos dicen hoy que Guillermo II no quería en realidad la guerra. Admitámoslo; pero era un bravucón, un bravucón armamentista. Y nadie creyó en su intención pacífica, porque vivía metiendo miedo al mundo, amenazando a todos con su espada, pasándole a Gran Bretaña por las narices sus acorazados y a Francia sus bayonetas. ¿Qué le ocurrió? Que todos se le echaron encima a la primera ocasión. Y ya se ve que a Alemania más le convenía estar en paz. Si no hubiese sido armamentista, no se hubiese constituido, como se constituyó, por miedo, la entente. Si no hubiese sido armamentista, no hubiese sido tan impopular como fué durante la guerra. Todo el mundo deseaba que la aplastasen. Esto es lo que va a pasar en América con la Argentina. Con su armamentismo se convertirá en un estado militarista y bravucón. Chile y Brasil se van a aliar y en la primera ocasión, a causa de nuestra bravuconería armamentista, se nos van a echar encima los que hasta acá nunca lo hicieron. La culpa será del gobierno argentino. No se puede ser bravucón mucho tiempo sin recibir su merecido castigo.

Es fatal que con el armamentismo vayamos a parar en la guerra. Si no la empezamos nos-



otros, la van a empezar los otros. Con el armamentismo se crea un estado de nerviosidad y de irritación, que naturalmente busca su desenlace y alivio. Cuando unos y otros estemos hasta la coronilla de comprar pólvora y cañones, a la menor ocasión nos lanzamos a la guerra. Pues la guerra es la única solución conocida del armamentismo. Con toda seguridad que la guerra no la vamos a hacer contra el Brasil solo o contra Chile solo, no; vamos a estar obligados a hacerla contra Brasil y Chile juntos. ¿Por qué? Por la sencilla razón de que al Brasil solo no le conviene hacer una guerra contra la Argentina y a Chile solo tampoco; pero juntos ya es otra cosa; juntos tienen probabilidades de éxito; y como nos odiarán a causa de nuestro armamentismo, pues será más abundante que el de ellos, porque tenemos más dinero, y por mucho tiempo nos habrán tenido miedo, como los aliados a Alemania, irán a la guerra con la resolución de deshacernos y aplastarnos, igual que la entente fué contra Alemania. Y la opinión del mundo estará del lado de los menos armamentistas, y con seguridad que la opinión de Europa estará del lado del Brasil, porque Francia apoyará moralmente al Brasil, que es su zaguero en América.

¿Qué resultará de una guerra argentina contra Brasil y Chile? Lo primero, muchos cientos de miles de muertos y mutilados argentinos, chilenos y brasileños. Muchas aldeas incendiadas en la zona de guerra argentina y brasileña. Ciudades bombardeadas en Brasil y Argentina. Los chilenos serán los que sufran menos. Tendrán a salvo su territorio. Ellos operarán en la Patagonia, de la cual tomarán posesión al punto que estalle la guerra, sin que los argentinos podamos impedirlo, porque no hay cómo tengamos tropas suficientes para un frente amplio como el del Brasil y al mismo tiempo para un frente enorme como el de la Patagonia. Tendremos que concentrar por nuestra parte la guerra en un frente, con ánimo de acabar con uno de los adversarios; y después volvernos contra el otro. Si vamos contra los chilenos, avanzan en territorio argentino los brasileños. Si vamos contra los brasileños, se quedan tranquilos en la Patagonia los chilenos, si es que no les sale algún general de genio, el que osado marche sobre Buenos Aires. Si a esto se atreviese un general chileno, Chile ganaría la guerra, aun cuando reconquistásemos Buenos Aires, porque con algo de la Patagonia se quedarían. Pero supongamos que los chilenos no tengan tan buena suerte, y que sus generales sean tan medianos como los nuestros y como los brasileños. No es pesimismo. ¿Qué derecho hay a suponer genios en parte alguna? Cuanto más genios militares, que suelen ser dudosos. La guerra europea fué llevada por generales mediocres y estadistas mediocres. El único gran jefe militar de los modernos tiempos, según testimonio de los propios técnicos militares alemanes, es un hombre civil:

Trotsky. Pero donde los militares mandan, no hay civil a quien le permitan mostrar su genio. Ya se verá eso cuando estemos en guerra. Será entonces cuando andaremos más necesitados de genio militar que no hay general que le tenga. Le tendrá algún civil como suele acontecer, pero habrá que emplearlo contra los militares para salvar algo de la guerra.

Supongamos que batimos a las tropas brasileñas. ¿Hará el Brasil la paz abandonando a Chile? No hay razón para atribuirle tamaña felonía. Chile participará en las negociaciones de paz. Los pueblos estarán cansados de la guerra. Los chilenos estarán bien firmes en la Patagonia, porque allá los más de los habitantes son chilenos y la moneda que más corre es la chilena. En fin, que en el tratado de paz, por no prolongar la guerra, cederemos parte de la Patagonia a Chile, a título de que a Chile le falta territorio y para asegurar la paz y evitar en adelante codicias; y porque no tendríamos más remedio que ceder si no quisiéramos más guerra. Quiero decir que serán los militares los que eso hagan. Los patriotas a mi modo protestaremos contra este final indecente. Algunos exaltados preferirán seguir la guerra, ya que ha comenzado, hasta expulsar de la Patagonia a los chilenos, y diremos cómo teníamos razón de oponernos a la guerra.

Para algo han de servir los sacrificios. Tendremos guerra para años. Primero el gobierno se opondrá y perseguirá a los que pretendan continuar la guerra para recobrar la Patagonia, como nos habrá perseguido al principio a los pacifistas, cuando pretendíamos evitar la guerra. Pero supongamos que se convence al gobierno, y que los bravos muchachos argentinos, los que queden, que no han de ser demasiado, en vez de descansar, tras la guerra con el Brasil (se presume que el Brasil ha acabado tan vencido que ya no puede ayudar a Chile), se resignan sin sublevarse a seguir lejos de sus mujeres y de sus novias (las cuales, mientras ellos están en el frente, quién sabe cómo se entretienen con esos otros que siempre hay, que no han podido hacer la guerra, pero que pueden hacer el amor); y supongamos que van los soldaditos argentinos a la guerra de la Patagonia, contra los chilenos. Será una segunda guerra, o una segunda parte de la guerra; y será la parte más larga. Y calcúlese el material humano que la Argentina habrá perdido, entre guerrear en el norte con el Brasil y en la Patagonia con Chile, mientras Chile tendrá tropas más saneadas y más frescas, naturalmente, porque habrá tenido menos combates que Brasil y Argentina. Haremos dos años más de guerra y nos convenceremos de que no podemos echar del todo a los chilenos. Una parte, aunque sea chica, de la Patagonia, tendremos que dejarla en sus manos. Pero seamos optimistas, por Dios: supongamos, ya que hemos presumido una victoria aplastante sobre el Brasil, otra victoria aplastante sobre Chile. Ya te-



nemos a la Argentina victoriosa. ¿Cómo están ahora las cosas? El Brasil habrá perdido por lo menos tantos hombres como la Argentina; pero supongamos que haya perdido el doble; supongamos que Chile haya perdido el mismo número de hombres; aunque razonablemente habría que suponer que pierda menos, por la forma de guerra que haremos en la Patagonia: que será una guerra puramente ofensiva, que es donde se pierden más hombres y es una guerra para la cual se necesita siempre mucho material humano y nuevo. Y ¿de dónde sacaremos tanto material humano para la guerra? El Brasil tiene tres veces más población que la Argentina.

En fin, dejemos de lado estas objeciones importunas. La situación será ésta: la Argentina victoriosa, y vencidos Brasil y Chile juntos. En la Argentina tendremos o un gobierno militar o un gobierno dominado por los militares. Yo creo, como decía no me acuerdo quién: que la guerra es una cosa demasiado seria para dejarla en manos de los militares. Y creo que la paz después de la guerra, y el gobierno de los pueblos, es una cosa más seria todavía. Pero los que podremos gobernar y poner orden en las cosas, seremos perseguidos, seguramente. Entre tanto, las cosechas se pudrirán por falta de brazos que las recojan; pues a los países en guerra no vienen inmigrantes. Cuando vengan después de la guerra, exigirán tanto que nos será bien difícil contentarlos. Véase lo que ha pasado en Francia. Con ser un país tan poderoso, ha tenido que recibir tras la guerra más de tres millones de italianos; y hace lo que puede para que se queden y procreen allí. Nuestra población, que es poca, habrá perdido a los más capaces, que son los jóvenes; habrá muy pocos argentinos que valgan algo, pues los buenos habrán muerto en la guerra, o habrán quedado mutilados, y los que se hayan salvado y sean inteligentes, andarán en controversia con los militares que los perseguirán. Será esa una grave crisis.

Ahora, veamos otro aspecto de las cosas. Alemania, tras la guerra, se vió arruinada: hundida su moneda y por los suelos su crédito. Francia igualmente vió disminuído su crédito y está quebrantada su moneda a los diez años de la guerra. Gran Bretaña ha conservado la libra a la par y su crédito; pero ha dañado su industria. Cualquiera de estas tres naciones es un gigante, comparada con la Argentina. ¿Cómo quedará la Argentina? No nos cuidemos de Brasil y Chile; quedarán acaso peor; allá ellos: eso no puede ser un consuelo para nosotros. La guerra, ¿cuánto nos costará? Calculemos los soldados que mantener y todas las costas concurrentes y las pérdidas por el promedio que se pueda sacar de la guerra europea. Pues la nuestra será una guerra con toda la maquinaria bélica más moderna. Hagamos la reducción numérica. La escala será la misma. Y calculemos lo que pierde el país con cada hombre: cada hombre joven es un capital

que vale "tanto" en la escala de la producción. De modo que gastaremos millares de millones para perder hombres, para destruir productores, para destruir capital argentino y trabajo argentino. Para esta destrucción nos darán préstamos los Estados Unidos y allá mismo los invertiremos en comprar armas de las mismas fábricas donde las comprenden Brasil y Chile. Así tendremos todas armas igualmente buenas; así todos dejaremos nuestro dinero en los Estados Unidos, como lo dejó Europa, y eso que Europa tenía el alivio enorme de producir armas en sus propios arsenales; sólo que acabó por no tener dinero para pagar el trabajo y así se empeñó con los Estados Unidos; cómo nos veremos nosotros, si tal se vió Gran Bretaña y Francia; quedaremos sin dinero y con deudas; las armas, después de la guerra, usadas; ferretería inservible; los jóvenes muertos o mutilados; los campos sin sembrar, o la cosecha sin recoger. Y nos tocará pagar. Francia no ha podido pagar; ha necesitado negociaciones humillantes para no quebrar. Alemania ha perdido en parte sus industrias, tras haber perdido su moneda, y gracias al socorro yanqui ha salvado otra parte de sus industrias, a trueco de otorgar participación a los yanquis en algunas de las más importantes. ¿Qué sucederá en la Argentina, cuyas industrias son las más de capital extranjero! ¿Cómo va a hacer cuando a pagar toquen? ¿Con impuestos? ¿De qué? ¿De dónde? ¿De la miseria popular? Habrá sediciones. ¿Gravará los capitales? Habrá fuga de capitales. El capital nunca ha sido patriota. El trabajo sí que lo es. Pero gravar el trabajo es matar el país, que ya estará boqueando. No podrá pagar, y sobre no poder pagar, no contará con más dinero para continuar desenvolviéndose. Entonces los Estados Unidos pedirán prenda, como es costumbre. ¿Y qué prenda tiene un país sin capitales propios, sin grandes industrias propias, sin riquezas propias explotadas en escala eficiente? La aduana, las rentas del fisco, el petróleo, los ferrocarriles del Estado: he aquí la prenda argentina, tras la guerra victoriosa contra Brasil y Chile, para no hundirse el país, para tener todavía crédito con que repararlo todo y salir adelante. Pero un país que da en prenda su aduana, como el Perú, como Bolivia, como Nicaragua y otros repúblicas de South-America, bien conocidas por su dudosa reputación; un país al que le embargan las rentas y le administra un comisario yanqui el petróleo (si es que no lo vendemos: que será lo más probable, a causa de los apuros financieros en que nos dejará la guerra y por la solicitud de los petroleros yanquis y a causa de nuestro probada incapacidad técnica), un país así es lo que se llama un país tutelado. Este país carece de soberanía real. Pues sin soberanía económica, ¿cuál es la soberanía del Estado? Esto es lo que nos va a acontecer con absoluta seguridad. Esto lo saben los Estados Unidos y lo esperan. De ahí que me en sus avances en lo de Taha y



Arica, en donde han metido mano, lo perturben todo por allá. Les conviene que Chile haga alguna barrabasa. Les conviene que Argentina, Brasil y Chile armen una trifulca de que salgan quebrados todos; y ellos serán entonces, a prestar más dinero, a cambio de quedarse con todo; pues el dinero que prestan para armas, se lo ganan con creces vendiendo las armas, y el dinero que presten para reconstruir la paz se lo cobrarán con creces asentando su señorío en toda América del Sur: porque los únicos países que todavía conservan alguna independencia económica son Chile, Argentina y Brasil; y la perderán con una guerra; que es lo que los Estados Unidos esperan. América será entonces para los americanos, como quería Monroe; para los americanos del norte, como lo entienden ellos. Este va a ser fatalmente el final del armamentismo. Ahora ya sabemos a dónde vamos con los armamentos que emprendemos. Vamos a acabar con la independencia real de la patria; cuando esta independencia apenas nace, primero mutilarla en una guerra y luego a darla en prenda, para reponernos de la guerra; nos pondremos en manos de Estados Unidos como el Perú, como Nicaragua, como Cuba; no tendremos otro remedio, porque nos veremos ahorcados, por nuestras propias culpas. Habremos demostrado que somos un pueblo de pobres diablos. Es lo que son todos los pueblos donde dominan los militares o hay dictaduras. Las republiquetas centro y sudamericanas administradas por los Estados Unidos lo prueban demasiado. Y así habremos demostrado lo que yo con toda amargura de mi alma ya estoy muy cerca de creer: que somos un pueblo a quien Dios dió pan y no tiene dientes; somos un pueblo con un territorio que nos está grande, y no somos capaces de crecer para que nos esté a medida. Los Estados Unidos, en ciento cincuenta años de vida libre, han llegado a más de ciento veinte millones de habitantes. La Argentina, en cien años, no pasa de diez millones de habitantes. En los Estados Unidos, después que dejaron de ser colonias, nacieron y crecieron gran cantidad de ciudades. En la Argentina, después que dejó de ser colonia, ¿cuántas ciudades fundamos? Fundamos La Plata. "Ah, gran pueblo argentino". ¡Qué amargura siento! ¡Mi pobre país, pobre pueblo! ¡Qué inconsciencia la nuestra! Somos una república muy de segundo orden; y en vez de poblar nuestras tierras, acabar con el latifundio y tener cien millones de habitantes, como necesitamos, y gastar en colonización todo el dinero que podamos, nos estamos aperebiendo para la guerra; y tiramos en eso 180 millones que no tenemos y pedimos prestados; y nos tenemos por un pueblo respetable. Es estúpida la inepticia de los que nos gobiernan y de los partidos. Yo invito a cualquier estratega de nuestro ejército, a que me pruebe que la guerra no va a ser como yo digo. Yo invito a cualquier economista a que me pruebe que si se hace esta gue-

rra (que se va a hacer, según el camino que llevan las cosas; y se va a hacer por culpa nuestra) que me pruebe que la Argentina cuenta con recursos para hacerla y salir adelante por su cuenta, cuando no tiene por propia ninguna de las industrias de la guerra, ni de las afines a la guerra. En cambio, todas mis ideas tienen por punto de partida la realidad de la experiencia y los hechos conocidos. Cada afirmación mía está sustentada por ejemplos efectivos y por el conocimiento amoroso de mi país. En resumen: vamos a hacer la guerra, porque si no la declaramos, nos la van a declarar, a causa de nuestro armamentismo, que irritará al Brasil y Chile, les meterá miedo y los moverá a acabar con la bravuconería de nuestro estado militarista, como acabaron los aliados con la bravuconería armamentista de Alemania. Aun cuando salgamos victoriosos de la guerra, vamos a quedar arruinados; y para salvar el momento empeñaremos el futuro, y para siempre; Estados Unidos nos sacará del aprieto prestándonos sobre prenda: y en prenda daremos las rentas argentinas; tendremos en adelante un amo extranjero, seremos una república más de South America; esto se lo agradeceremos al armamentismo. La historia, que es una larga experiencia (sólo que hay que tener talento para comprenderla) enseña que en todas las épocas el militarismo (o pretorianismo) ha vendido al estado y así ha hundido a la patria. Esto mismo va a suceder en la Argentina. Por todo esto que llevo dicho y mientras no se me pruebe que mis conjeturas son infundadas, yo sostengo que son *Infames traidores a la patria*, como se dice en nuestra constitución, todos los que con el armamentismo nos conducen a la pérdida de nuestra independencia económica, que parará en manos de los Estados Unidos; porque atentan contra la nación; pues el armamentismo le crea enemigos al estado que no los tiene y de esto viene la guerra y de la guerra las deudas aplastantes y de esa clase de deudas viene el deshonor. Para entonces habrá, como siempre, quien diga que todo se ha salvado, hasta el honor militar que siempre se da maña para salvarse; todo se habrá salvado, menos la vida de la juventud; todo se habrá salvado, menos la patria.

JULIO FINGERIT

CARLOS VEGA

## LA RECLUTA

(Meregildo, Zenón. Tá la patrulla; viene a buscarlos, de seguro, hijitos. Ganen corriendo el lao de los cardales y escuéndanse en las parvas o en el trigo.)

Me llevaron los mozos;  
aura quieren los chicos!



# De B. SANIN CANO

La humanidad se complace en ser estúpida y en mostrarlo estrepitosamente. Ha usado de variados recursos desde el papiro hasta el papel impreso y desde los sistemas teocráticos hasta la forma representativa de gobierno; pero nada señala mejor la miseria intelectual de la especie humana que la sucesión continua de guerras de que se compone su historia y el respeto que inspiran al través de las generaciones, en anales escritos por personas o entidades interesadas en desvirtuar la verdad, los hombres cuya sola virtud consistió en matar a otros, sin darse en muchas ocasiones cuenta de los motivos a que obedecía la matanza. La historia está llena de héroes, la mayor parte de los cuales habrían tenido vergüenza de sí mismos al ejercitar la acción heroica, si en ese momento hubiera caído sobre ellos la luz del conocimiento. El hombre nacido y educado para la guerra enajena parte de sus potencias intelectivas al aceptar la condición en que le ponen el imperialismo de nuestros días, el odio de razas enconado por publicaciones criminales y por gobiernos sin conciencia; pero la guerra efectiva, la necesidad de defenderse de un enemigo provocado o inconsciente anula toda capacidad de raciocinio, y la estupidez, sin dejar de ser criminal, se torna ridícula.

En la inútil carnicería empeñada en 1914 por gobiernos que no tenían en verdad enemistad ninguna los unos contra los otros y que inventaron la guerra para desviar las corrientes de reivindicación popular; en la degollina de 1914, digo, los aliados se quejaban amargamente de que Alemania apoyase a Turquía en sus degollaciones de armenios indefensos. Toda la Europa y toda la América que estaban en armas contra Alemania o que simpatizaban con los aliados contaban entre sollozos y frases de reprobación caldeadas por el fuego cristiano, el número de armenios pacíficos pasados a cuchillo por el turco, enemigo tradicional de la civilización. Los diarios ingleses y franceses que daban cuenta de estas atrocidades imputables al carnicero osmanlí, relataban en sus mismas ediciones, con maligna complacencia y sin percatarse de la monstruosa contradicción, que un flotilla de aeroplanos equipada por los aliados había escogido la procesión del Corpus en la ciudad católica de Carlsruhe para dejar caer bombas sobre los inermes devotos, y matar mujeres, ancianos, niños, hombres fuera de combate, en el día más solemne de la confesión católica. Los alemanes de su lado se quejaban de estas barbaridades y para probar que en capacidad destructora y en intensidad de odio no les iban en zaga a sus aliados, meditaban un momento sobre la manera de causar consternación y mantener vivos los odios de raza matando gentes inermes en Inglaterra. Destruir templos ingleses o bombardearlos era labor inútil, porque la concurrencia es allí escasa. Además de eso, se corría el peligro de

hacerle un favor a la comunidad destruyendo en Londres templos que merecen ser destruídos y que el tradicionalismo y la superstición no han dejado demoler todavía.

Algún psicólogo alemán de excepcional penetración, descubrió que en Inglaterra la religión cristiana y sus ritos modestos o suntuosos, según la secta, habían sido reemplazados por la superstición del sport y por los ejercicios físicos. Atacar la religión en Inglaterra o desacreditarla o burlarse de sus fieles no lastima el sentimiento público. En Hyde Park hay semanalmente oradores encargados de probar históricamente o por medio del simple raciocinio que, como decía Gibbons, "para los ignorantes todas las religiones son verdaderas, para los gobiernos todas son útiles y para el sabio todas son falsas". De modo que para vengar la injuria de Carlsruhe no era competente destruir las iglesias, sino atentar contra el sport. Con ese fin 25 aeroplanos vinieron a Londres en un luminoso día sábado de septiembre, en 1917, a dejar caer bombas sobre los empleados públicos, sobre la burocracia financiera y bancaria que esperaba en la estación de Liverpool Street los trenes que habían de llevarla a las canchas de tennis, a las carreras de fin de semana, a los clubs de golf y de football a cumplir religiosamente con los deberes de oficiante convencido o de espectador reverente. Y la multitud que se perdía en las callejuelas de la City, atronadas las orejas con el ruido de las detonaciones, y oprimido el corazón con la expectativa de una muerte posible, no se acordaba de que en Carlsruhe habían sido sacrificados sin misericordia los fieles de un rito más antiguo, pero, en sentir de los fugitivos, no más verdadero. Tampoco le ocurrió a nadie pensar que las matanzas de armenios en Oriente pudieran compararse con el sacrificio de gentes indefensas en Europa. Los turcos alegaban diferencia de credo y los aliados y alemanes profesaban la misma religión.

La razón no iluminaba ni a unos ni a otros para hacerles sentir la inutilidad de la carnicería; la estupidez de los odios raciales; la enorme desproporción entre los esfuerzos que exige una guerra y los resultados que suele obtener el vencedor. Hoy mismo, después de que la experiencia ha probado a vencedores y vencidos que la guerra es la bancarrota material y moral de las naciones beligerantes, los antiguos predicadores del desastre continúan en el uso de la palabra, recomendando la prudencia del que vive armado, con el fusil al brazo, la pólvora seca y el guante de acero pulido en la diestra amenazante. Los romanos, pueblo conquistador, nación de soldados y juristas, idearon el pasaje de Jano. Consideraban la guerra como una penosa necesidad y honraban al magistrado que sabía mantener cerradas las puertas de aquella galería. Los estadistas del siglo XX insisten en considerar la gue-



# Oración de la guerra bendecida

Un día, en las encrucijadas del universo, se amontonarán como sombras en la alta noche de un patio, patrullas de clamores.

El mundo, deslumbrado hasta la embriaguez, lanzará inagotables ediciones de miradas para saborear el espectáculo maravilloso y dinámico y aprenderá una canción nueva y fuerte como para consonar con las calles urentes de autobuses y las azoteas erizadas de antenas radiotelefónicas y ser muy de hoy y de mañana.

Y es que arrullará con su canto y asistirá con su entusiasmada inquietud, al prodigioso alumbramiento de la tierra, que habrá engendrado el último Mesías, un Mesías de corazón áspero y dulce, de actitudes impetuosas y decisivas, de anhelos anchurosos e inquebrantables, y cuyo nombre será un ardiente y puro nombre de mujer: *Revolución*.

¡Revolución, única guerra bendecida, puño viril que enarbola a todos los horizontes, desafiando a todos los vientos sus rojos estandartes y empuja a los hombres, cálidos de sinceridad ferviente y esperanzada, a quemar en la hoguera de su fe las tinieblas del mundo!

Estruendo musical, el del desmoronamiento definitivo de una sociedad cruel y avejentada, para construir sobre sus escombros el enhiesto edificio, embanderado de lámparas de luz caudalosa e inextinguible, donde los diástoles y sístoles del corazón universal, acompasarán los pensamientos y las aspiraciones de la humanidad.

Cuando la noche haga girar su clave de luz para encender todos los focos de la Avenida del Cielo, las pobres mujeres del suburbio inexorable; las costureritas de ojos tristes y piernas heroicas; las rameruelas, abatidas de con-

rra como una necesidad para la cual es preciso vivir preparados de día y de noche. Antes de 1914 había quien sostuviese que la guerra era una necesidad biológica de la especie humana. Más prácticos o más mezquinos, otros sostenían que la guerra era un negocio excelente y ponían como ejemplo las tres campañas predatorias de Bismarck.

Que sea una necesidad biológica no es sostenible ya ni del punto de vista de la zoología antediluviana; que sea un negocio apenas habrá quién se atreva a creerlo en Francia, en Alemania, en Rusia; que es una positiva calamidad lo reconocen trescientos millones de víctimas. Sin embargo, no faltan quienes esperan en la guerra para la satisfacción de ambiciones personales. Son los eternos enemigos del género humano.

sunción, a quienes hasta entonces impelía la voz implacable y fatal que persiguió al errante Ashaverius: "¡anda! ¡anda!"; y las muchachas a quienes devoraba poco a poco, despiadadamente, el moderno Baal de la religión capitalista: la fábrica, la tienda o la oficina, ya no tendrán reparos en desgarrar su congoja, pues la Revolución habrá derrumbado todos los muros que empequeñecían su miraje, magnificando su ilusionada perspectiva y animándoles el llanto, un llanto intenso de alborozada felicidad, pues ya no habrá miradas aviesas de egoísmo ni gestos despectivos de incompreensión, sino un alma inmensa y sensible que recogerá y justificará todas las actitudes; y ellas, las pobres mujeres pobres, serán en la noche profunda y luminosa hermanas de las constelaciones imposibles, cordiales y generosas.

Los hombres, adiestrados en el dolor y en la fatiga, no necesitarán como hogaño recuperar su tranquilidad con los analgésicos del periodismo, porque tendrán obras portentosas donde emplear su inquietud y sus energías y escribirán en los pizarrones del tiempo la más estupepanda de las epopeyas.

¡Revolución, única guerra bendecida!; cuando flamee con arrebatadora arrogancia tu amplia bandera roja, batida por todos los vientos, sobre el lomo de piedra de las montañas bravías, empurpurando el trémulo lecho de los mares, bajo los cielos claros o tenebrosos del mundo, yo, poeta, socialista, intelectual, hombre de manos blancas, reclamaré el más humilde pero arriesgado de los puestos en las filas del ejército proletario, y desechando estériles escrúpulos sentimentales, empuñaré enfervorizado el fusil homicida, para contribuir con el meneguado aporte de mis fuerzas a derribar las últimas cabezas de la burguesía en sus últimos reductos.

## La hora del castigo

*El periódico de guerra del 75° regimiento de infantería francés: "La Voie 75", publicó en su número 3 del 31 de marzo de 1915.*

¡Alemanes! Poseeremos vuestras hijas cuando nuestros soldados, ebrios de "gloire", se lancen a la caza de vuestros viles esbirros; cuando las fanfarras de la "victoire" vengan a anunciaros la hora del castigo.

¡Alemanes! Poseemos vuestras hijas y con sus melenas color de paja empapadas en [sangre.

Ellas se cubrirán el rostro, cuando para suene la hora del castigo. [vosotros



Alfredo L. Palacios

## TIEMPOS NUEVOS

Del uno al otro extremo de los pueblos en que se habla lengua ibérica, corre un estremecimiento juvenil, se oyen augurales voces que anuncian tiempos nuevos y nos llaman a la unión y a la lucha por nobles ideales.

América despierta y se dispone a conquistar nuevos lauros en los campos fecundos del espíritu. Yérguese la juventud, anhelando ensanchar los horizontes. A las voces sombrías de pesimismo, de amargo desaliento y homicida rencor, que nos llegan de Europa, contesta el alma de nuestra América con un grito juvenil de fraternal esperanza y de anhelo justiciero.

Empezamos a sentir la pujanza que alienta en nuestros pechos y las grandes posibilidades que a nuestros pueblos aguardan. Percibimos voces misteriosas que vienen de lo profundo de la tradición de nuestra raza y nos incitan a intervenir en los destinos del mundo.

Habíamos vivido absortos en nuestras luchas, desconocidos y aislados, al margen de la historia. Pero la guerra mundial resonó cual violento aldabonazo en nuestras almas dormidas. Vimos al final de la contienda que en aquella hoguera se había inmolado a la humanidad en aras de la codicia. Comprendimos que estaban emponzoñando las aguas de la cultura y que el veneno brotaba de las mismas fuentes del conocimiento.

Sobre el alma europea no ha impreso huella

alguna, la terrible lección, y el mundo sigue marchando por los mismos carriles destructores, incubando en su seno otras contiendas.

Si volvemos la vista al Norte de este nuevo continente, observamos las mismas codicias y pasiones primarias que encendieron la conflagración del exterminio. Advertimos, asimismo, que avanza ya, sobre nosotros, el poder avasallante de este nuevo Moloch, unciendo nuestros pueblos a su carro de muerte; que aun antes de producirse otra nueva querrela universal, en la que perecería la civilización de occidente, puede ser subyugada nuestra raza y convertida en ciego instrumento del capitalismo, disfrazado con la máscara tentadora del progreso material.

Y he aquí que surge en el alma de la juventud el ímpetu del heroísmo tradicional, y en su espíritu clama la libre voz de América.

Alzase en el corazón de la América española la augusta sombra de Alonso Quijano el Bueno, inspiradora de sus mayores y entendemos que por fin ha llegado nuestra hora. Que ha llegado la hora en que debemos convertirnos en una sola fuerza incontrastable que tuerza los destinos inhumanos y suicidas a que nos arrastra la civilización materialista de occidente e imponga al mundo un sentido más alto de la vida y restablezca los fines superiores de la humanidad.



*Así deben alimentarse después de la victoria*



*Por la explosión de un obús, los ojos y la nariz arrancados*



# ¿ES UN PELIGRO EL MILITARISMO?

La Conferencia del Desarme Universal es una comedia terriblemente reveladora. Los países que la representan, y particularmente las grandes potencias que no han renunciado al imperialismo colonial, no quieren desarmarse. Todas están en pie de guerra; todas perfeccionan y aumentan sus armamentos, y si de algo admiten desprenderse, es de sus materiales bélicos anticuados; todas están apuntaladas por el militarismo, y a pesar de su ruina económica del momento, y de esta farsa pacifista, en la que también ha tomado papel la República Argentina, todas conspiran contra la paz del mundo.

El suicidio de los bárbaros, de que hablara Ingenieros, no ha terminado con la última guerra europea. Los restos sobrevivientes de "la civilización feudal imperante en las naciones bárbaras de Europa, que resolvió suicidarse, arrojándose al abismo de la guerra", según la expresión del extinto maestro, marchan, pues, hacia el cumplimiento de esta ley fatal. No habrá vencedores en la futura guerra, porque el pueblo ajusticiará a los gobiernos criminales que los hayan llevado una vez más al matadero.

Todo cuanto se haga para denunciar la farsa siniestra del militarismo, casta predilecta de las naciones capitalistas, será poco, a objeto de evitar una nueva hecatombe.

Pero es un deber de conciencia no guardar silencio. Una nube de sangre se avecina en Europa; y como estas republiquetas de América, son tributarias del capitalismo extranjero y súbditos intelectuales de la vieja mentalidad del viejo mundo, también aquí se sufre el contagio de la imbecilidad bélica del nacionalismo.

El militarismo en nuestro país, si bien es el punto de apoyo de los gobiernos oligárquicos que se suceden en el poder, y gozan con tal motivo, de irritantes privilegios, en realidad nunca ha sido una amenaza para la existencia civil de la nación. Si a veces los gobernantes lo deshonraron, dándole una función pretoriana que no le corresponde, mandándolo a asesinar obreros en huelga, allá en las soledades de la Patagonia, fuera de ello no tiene en nuestro país sino una función decorativa, el desfile de parada en los aniversarios patrios.

Felices los pueblos donde el sable militar, virgen de sangre humana, se enmohece indefinidamente en la vaina del que lo lleva al cinto, durante toda la vida. Nuestro militarismo hace más de medio siglo que no desenvaina su espada para participar de ninguna aventura guerrera. Y esa es nuestra suerte. No ha tenido, entonces, oportunidad de conquistar "laureles" en el campo de batalla y hacérselo pagar tan caro... que luego tuviéramos que abominar de nuestra casta militarista, como sucede en Chile.

Pero sin embargo, es una casta que adulan

sin disimulo nuestros gobernantes; que pesa en la vida económica del país; embarca en el armamentismo a la nación contra la voluntad del pueblo; se rige por leyes extraordinarias, notoriamente anticonstitucionales y... hasta algunas veces conspira contra su patria, acariciando sueños de dictadura. Soy de los que no toman en cuenta ni la fanfarronería verbal de nuestros literatos pregoneros de las excelencias del fascismo, ni de los milicos con charréteras de generales que por autosugestión se creen un Primo de Rivera.

Si bien en España pudo imponerse la dictadura de los militares que son el peor azote de aquel país, debido a la podredumbre de los políticos, no creo que eso pueda ocurrir entre nosotros. Este es un pueblo, cuya indiferencia política, no es sino escepticismo y desprecio hacia la clase directora. Pero no está hecho para la tiranía. Se llevarían un chasco los aventureros que quisieran ponerle el tacón de su bota al cuello.

Con todo eso, el militarismo en nuestro país es siempre una fuerza peligrosamente reaccionaria. Está al margen de la Constitución Nacional como entidad funcional del Estado.

La Constitución habla de milicias ciudadanas y no de servicio militar obligatorio. También nuestra Constitución establece que "nadie puede ser sacado de sus jueces naturales". Y sin embargo, los tribunales militares han creado al margen de los tribunales de la justicia nacional, una ley sin ley y un código faraónico para aplicárselo al obscuro ciudadano que va a hacer la conscripción militar. Toda la maquinaria del Estado, con ser un instrumento de opresión al servicio de una clase privilegiada, no pesa sobre la dignidad humana lo que pesa esa ultrajante, ilegal y anacrónica institución militar. El proceso del subteniente Mórtola, y el de infinidad de jóvenes conscriptos que repelieron en un impulso de hombría, la afrenta del superior, están clamando al cielo contra estos brutales resabios del feudalismo que se dan de trompadas con el concepto de la democracia.

No es necesario contemplar estos asuntos desde ningún punto de vista doctrinario.

El militarismo, como institución de casta, es siempre odioso y repudiable. Como milicia ciudadana, vale decir, como entidad civil que no menoscaba ni los fueros de la Constitución, ni los del individuo, sería útil y hasta simpático a todo el mundo.

No creo que los hombres que militan en la otra guerra de este siglo, en la de las ideas sociales, deban ignorar el manejo de las armas. Llegará tal vez el momento, en que por las ideas de justicia no se pelee desde la tribuna o el periódico, sino desde las barricadas.



## ALGUNAS IDEAS SOBRE LA GUERRA

En marzo de 1911, siendo yo estudiante de tercer año de derecho, en Córdoba, publiqué en la "Revista de Ciencias Sociales" de La Plata los siguientes conceptos, como espontánea reacción contra una de las cien hipocresías del derecho internacional.

Decía yo:

"Hemos estudiado en el aula universitaria la guerra tal como la entienden los juristas. Una definición cautelosa nos ha dicho que es la facultad que ejercitan los Estados, fundándose en su alta soberanía, para obtener por las armas el triunfo del derecho, negado por los medios pacíficos. Producido el conflicto, la pugna — que debe librarse *uti universitas* — da a las naciones en guerra el carácter de *beligerantes*.

"Pues bien. Hay una cuestión importantísima que es preciso entender en todo el valor de sus alcances.

"Ante todo, el derecho internacional, en principio, en teoría, en abstracto, no autoriza ni puede autorizar más guerra que la *guerra justa*; vale decir, la que mueven los pueblos en un caso extremo: los invadidos contra el intruso, o los oprimidos contra el opresor. Por ejemplo, España, cuando el zarpazo napoleónico o el Transval en presencia de la fea ambición de Inglaterra; casos ambos de legítima defensa.

"En todo pleito de nación a nación, que de improviso asume la gravedad de un alegato armado, hay casi siempre una que tiene razón y otra a quien no le asiste. Eso declara, al menos, el sentido común.

"Y así lo comprende también el *jus gentium*.

"Hasta poco antes de estallar una guerra, el derecho internacional sabe cuál de los dos pueblos en desinteligencia lleva la justicia de su parte. Pero se entorpecen de pronto las relaciones. Se retiran las cancillerías. Se hace una caballeresca venia militar en la forma de un ultimátum. Empieza el combate. Y ved cómo el derecho, todo amedrentado, tembloroso y balbuciente, se deja convencer por los mal argüidos sofismas de esos *libros azules, rojos o amarillos* con que los gobiernos suelen justificar la audacia de cualquier piratería. Por eso es cierto lo que afirma Henry Wheaton:

"La guerra, cuando se ha declarado en forma, o comenzado debidamente, otorga iguales derechos a cada una de las partes beligerantes respecto a su contraria. El derecho internacional positivo — agrega — no hace ninguna distinción entre la guerra justa y la injusta."

"Pero debe hacerla.

"¿Cómo es posible que en una lucha, amparada por el derecho, tengan iguales prerrogativas el ofensor y el ofendido?

"¿Cómo es posible que la amenaza injusta

de ayer se vuelva *jurídica*, si cabe el término, por la súbita explosión de una guerra?

"El derecho internacional no debe contagiarse de diplomacia militante. Esta vincula, en su modo de acción, la adulación oportunista, que alguien llamaría jesuítica tal vez, al maquiavelismo amoral. El derecho, en cambio, está más alto. Es columna; no alfombra.

"Tenga el derecho para el agresor injusto, dictamen condenador. Así llame crimen al homicidio cometido sobre el campo de batalla por el *no beligerante*; latrocinio a la guerra de recursos; corso a su acción naval, si la despliega; en una palabra, niegue el carácter de beligerante a la nación ofensora, y acompañe en tanto con toda su adhesión moral a la que arme sus ejércitos en nombre de algún derecho hollado. — Arturo Capdevila. — Córdoba, marzo de 1911."

Ideas como éstas no eran sino el patrimonio natural de unos pocos soñadores. Con todo, tanto se transformaría el mundo jurídico en el transecurso de la guerra, que la Sociedad de las Naciones habría de fundarse precisamente como un tribunal supremo que decidiera en cada caso lo que en 1911 quería yo que en cada caso se decidiese: la condición moral de cada uno.

Pero lleguemos a lo que importa. Tienen ustedes plena razón para execrar la guerra. La tendrían en Europa. ¡Cuánto más no la tendrán en nuestra América!

Tenemos plena razón; pero debemos ser prácticos. Mostrar el horror de la guerra, por bien que se muestre, sólo conduce a la declamación y a la retórica. No seamos tampoco demasiado ambiciosos. No hablemos para el mundo ni para la humanidad, que será perder el tiempo en un viaje por las nubes. Veamos el mapa. Pensemos en nosotros y en nuestros vecinos. Hay cosas muy prácticas por hacer. Decir: *¡abajo las aduanas!* y echarlas efectivamente abajo, siquiera sea con respecto de nuestros limítrofes, será real obra de paz.

¿Y quién duda que paralelamente urge la redención del ciudadano? ¿Quién duda que hay un molestar social que todo lo vuelve grave? Pero seamos prácticos también en esto. El mapa puede servirnos para ver cómo el inmenso suelo argentino plantea el más urgente problema: el de la tierra. Podrán tener toda la razón del mundo las diversas doctrinas sociales que en Europa se agitan; pero el problema de la tierra es en todas partes y muy particularmente en la Argentina, de previa y especial solución. En esto los georgistas llevamos sin disputa la razón.

Execremos la guerra y por elemental precaución echemos las aduanas abajo con Chile, Paraguay, Bolivia, Uruguay, Brasil. Cuando



# WILSON, EL ÚLTIMO CRISTIANO

Lo único que ha quedado de Wilson sobre la tierra es su esposa, perseverante, fiel, abnegada mujer, que apoyó su cabeza en la misma almohada del soñador fracasado y enjugó sus lágrimas en los amargos insomnios de Versalles. La pluma de Wilson hubo de empaparse en la espada de Foch, tinta en sangre caliente, y escribir aquellas palabras de Talió y no de Cristo: "Reparaciones".

Ahí está su vida, como un espectro del ideal de la paz sobre la tierra, viviendo cerca del lugar donde Wilson soñó un palacio blanco, con una rama de olivo y una paloma simbólica. Sus columnas de fantasía se han desvanecido ya. Wilson y la Liga de las Naciones fueron el "affiche" usado por los "strast-men" de Wall-Street para evitar, con la sangre y el oro plutocrático, la bancarrota económica del pueblo creador de la doctrina Monroe.

Locarno ahora es una amenaza. Rusia vuelve a ser la Rusia de Kerensky. Inglaterra, vieja señora del mundo, no ha perdido del todo su poderío noble y antiguo. La tierra de la Magna Carta, del "dulce hogar", del "My house is my castle", confía en manos de mister Chamberlain los destinos de una nueva Europa.

Mas, Norte América es otra. Ya no la de Washington a Wilson. Estados Unidos siente el empuje de sus nuevos ricos. Los viejos domésticos son insoportables cuando su fortuna les pone en condiciones de rivalizar con los antiguos amos, y los Estados Unidos de la post-guerra son casi los amos del mundo.

Dice Eugenio D'Ors: "Hay unos Estados Unidos que se desarrollan desde Washington hasta Wilson y que forman ya un todo cerrado, que tendrá pronto un lugar en la historia de la cultura, como lo tiene Alejandría o la Liga Hanseática. Corresponden al cielo

---

en nuestro país había aduanas interiores, la hostilidad era frecuente de provincia a provincia. Suprimirlas fué crear la unión, la cohesión y la fuerza. Echar abajo las aduanas y estatuir el libre cambio con los vecinos es la única forma de hacerse recíproca justicia. ¿Quién enterró por ahí al liberalismo? Acabaremos por volver a él. No hay que enterrarlo todavía... Puede evitar las guerras.

Exercer la guerra al lado de ustedes, y tengo fe en América, y creo en los grandes destinos de nuestra Argentina. Aquí veremos surgir al hombre verdaderamente libre. Aquí veremos la tierra de la paz. Pero digo, con redoblada convicción georgista, que el hombre libre no nació sino en el seno de la tierra Rusa.

que va, en lo literario, desde Benjamín Franklin hasta Hamlin Garland. Hay, luego, los Estados Unidos de hoy, para los cuales, probablemente, habrá que buscar un nombre distinto, nombre de un sólo término y singular. Y es que EE. UU. en la teoría de Monroe y en los ideales democráticos de Wilson, emplean siempre el sistema de sus empresas comerciales.

Os dirán "Libertad" para conquistaros, y os harán luego sus esclavos.

Cuando escribieron: "América para los americanos", entendían que no había más americanos que los del Norte.

Si alguna vez dijeron Liga de Naciones, desarme y libertad de los mares, "mintieron", pues sus palabras debieron decir: "Diplomacia secreta, política imperialista, aduanistas, proteccionistas, reparaciones y armamentos".

Si EE. UU. fué el país de la democracia, hoy es el gobierno plutocrático por excelencia.

A pesar de la doctrina de Monroe, son los EE. UU. actualmente dueños económicos de Europa.

Tredelenburg, secretario de Estado en Alemania, acaba de demostrar que EE. UU. es el primer acreedor del mundo:

"Europa antes de la guerra, — dice von Trendelenburg, era el principal acreedor del mundo. Pero ha cedido su puesto a los Estados Unidos, que hoy día son acreedores de diferentes países por más de 61.000 millones de marcos oro. En segundo lugar viene Inglaterra, a quien se le deben 60.000 millones por créditos concedidos".

Así comprobamos que, conforme la doctrina de Monroe ha sido flexible y elástica, los principios de Wilson, que armaron los guerreros de la libertad, han comenzado a rendir intereses usurarios.

Norte América es así, en su política internacional como en sus hábitos comerciales.

Os regalará la cámara fotográfica absolutamente "gratis". Pero se cobrará cinco veces su precio cuando, para usar la cámara y obtener retratos, necesitéis comprar unas docenas de películas. Desconfiad por ello de su justicia, donde sea juez y tenga intereses. Si en América hay Sanchos y Quijotes, no es en el Norte de Méjico donde encontraremos la figura del caballero andante, sino la de su glotón escudero.

En América del Sur, Wall-Street se infiltra y se extiende como una mancha de aceite. Y en las costas del Pacífico, los contornos del "Denver" nos dicen elocuentemente de la mirada sangrienta y de los apetitos voraces de ese pueblo de águilas.



# La guerra considerada como una errata del Sumo Hacedor

## por *Pescatore di Perle*

Ya no cabe ninguna duda sobre el origen divino de la guerra. Lo han dicho mil tratadistas, lo han vuelto a decir mil preclaros autores, y hoy sería una ridícula impertinencia pretender argumentar lo contrario. El doctor Gustavo Le Bon, abogado del sentido común, establece que no hay razonamiento capaz de prevalecer ante una afirmación constantemente repetida. No en otra cosa se basa la reputación política del doctor Hipólito Irigoyen, ni su propio doctorado, ni tiene otro fundamento más serio la virtud de Juana de Arco y la de otras muchísimas doncellas menos famosas. Así, pues, la guerra es de origen divino, aun para nosotros los ateos.

Estoy seguro de que al llegar a esta brillantísima e irrefutable conclusión me interrumpirá el lector para decirme: "¿Y qué tiene usted que ver, misero *Pescatore di Perle*, con la guerra y su origen divino? ¡Váyase usted tras los que vierten *perlas*, aténgase a su modesto oficio de explicar por qué misteriosas causas no debe escribirse *pantalón con equis* y con *ka*, y deje usted en paz a la filosofía, a la sociología y al sublime arte de la estrategia!"

Pues sí tengo que ver con la filosofía, la sociología y la estrategia. Porque si hemos admitido previamente que la guerra es de origen divino, ya nos encontramos metidos en la dulce pesca de *perlas*: Se trataría de probar, señores, que la guerra es un error. Un error cometido nada menos que por Dios, y no por ninguno de mis clientes habituales, gaceticeros de poco más o menos, poetillas de tres al cuarto y escritorzuelos de la feria franca de la literatura.

Quiero dejar constancia de que — dicho sea con todo el respeto debido a tan insigne autor — no es esta la primera perla que le encuentro al Supremo Hacedor. Efectivamente: en mis frecuentes lecturas de la *Biblia* — texto de indiscutible origen divino — he advertido no pocas faltas que hoy no cometería ni el más atolondrado periodista de provincias. Vayan dos muestras. En la versión española del *Génesis*, 4, 10, dicen todas las ediciones: "La *sangre* de tu hermano me *grita* desde la tierra..." Y en la versión francesa de los *Proverbios*, XVIII, 21, se lee: "La mort et la vie sont aux *mains* de la langue". Sin embargo, estos errores se le pueden tolerar al Creador. Tengan ustedes en cuenta que en seis días hubo de improvisarlo todo: la luz, los animales, el hombre, la mujer, el árbol del bien y del mal, el sistema planetario, los angelitos, la *Biblia*, los vegetales, los minerales... ¡A cualquiera se la doy, señores!...

Peró la guerra no se improvisó de la noche

a la mañana. La guerra fué creada con mayor reposo, cuando los descendientes de Adán y Eva se hubieron multiplicado en número suficiente como para formar dos pequeños ejércitos capaces de poderse cascar mutuamente y no dejar en ridículo la nueva invención del Altísimo. Pues de haber fracasado la guerra en el día de su estreno, hay no la conoceríamos, el mundo no tendría su gloriosa historia de robos y de crímenes, y los pueblos de la tierra — faltos de historia — serían muy felices y comerían perdices.

Esto, en cuanto a los que creemos en el origen divino de la guerra. Hay, sin embargo, otros muchísimos autores que, bárbaramente irreligiosos, sin admitir ni a Dios ni al Diablo, ni creer en los siete dolores de María Santísima, no por ello dejan de tener a la guerra por manifestación absolutamente necesaria y fatal en la especie humana. Fué esta una de las más sorprendentes consecuencias del darwinismo, y ella ha sido brindada a la consideración pública tan revestida de aparato científico y de razones biológicas, que nadie se ha atrevido a refutarlas en nombre de la misma ciencia y con razones biológicas mejor fundadas. Se ha preferido combatir la teoría mediante declamaciones sentimentales y líricas argumentaciones del más puro humanitarismo. Los hombres de ciencia se han encogido de hombros ante semejante aluvión de elocuencia literatesca, y han hecho bien. La ciencia nada tiene que ver con el lirismo y la cursilería romántica, como no sea para curar a sus víctimas con unas inyecciones de tiroidina de algún suero antimixedematoso.

Los neodarwinistas, con la mejor o la peor de las intenciones, han caído en el mismo error de los sensibleros discípulos de Juan Jacobo Rousseau: sitúan al hombre en la naturaleza, como en su medio natural, lo despojan — o sueñan despojarlo — de todas sus costumbres y hábitos artificiosos, lo consideran un bípedo implume a la altura de cualquier otra especie zoológica, y le atribuyen las características biológicas de la hormiga, el elefante o la musaraña, según los gustos de cada cual.

Y no hay semejante cosa. El hombre no puede compararse con ningún animal. No porque sea superior o inferior a los demás seres vivos, sino porque es diferente.

Allá por los buenos tiempos del Adán y de la Eva de los creyentes, o a finales del período plioceno y comienzos del pleistoceno de los incrédulos, hace, en fin, unos 550.000 años, el hombre no era el personaje fifí de hoy, sino un magnífico y robusto *pithecanthropus erectus*, que convivía con el oxidáctilo, el tetrabe-



lodonte y otros bichos que no cito porque son una porquería de trabalenguas. En aquella época, de tórrido clima y exuberante vegetación, el *pithecanthropus erectus* sí podía considerarse un animal de tantos, que vivía de acuerdo con la naturaleza, y sin más complicaciones materiales y psicológicas que las propias de un gorrión revoloteando en una selva virgen.

Pero — como todos ustedes saben — sobrevino luego el largo período glacial, se arruinó para siempre el mundo antiguo y nació éste que hoy conocemos y padecemos. Variaron las condiciones climatológicas, variaron en absoluto los sistemas de vida, y, consecuentemente, cambió la casi totalidad de la población de este planeta. Un sinnúmero de bichos no pudieron soportar las inclemencias de la nueva temperatura, y sucumbieron al terrible frío para el cual no estaban preparados, desapareciendo para siempre del haz de la tierra. Sólo se salvaron aquellos animales que por su gruesa piel o su abundancia de cerda, lana o escamas se encontraron naturalmente abrigados para resistir las crueldades del nuevo tiempo. Tal el rinoceronte, el búfalo, la tortuga, el modesto pejerrey y el Oso Carolina.

Y el hombre se salvó de milagro, pues por su naturaleza estaba condenado irremisiblemente a muere. Sin piel dura, sin pelo ni lana abundante, ni escamas, ni nada, debió encontrarse a punto de perecer. Y sobrevivió a fuerza de ingenio, pues en esta terrible crisis fué cuando empezó su vida humana, su vida inteligente, que desde entonces hasta hoy le ha permitido existir, en un medio naturalmente adverso, valiéndose de recursos y de artificios. E inventó el fuego, y la casa, y el vestido. E inventó la familia, y la religión, y la patria, y los papeles de un peso, que no conocieron jamás ninguna de las especies animales. Y, por fin, inventó la guerra. Que es para la humanidad, una cosa tan postiza y tan supérflua como los cuellos de palomita o el monograma en la tapa del reloj.

Cierto es que los animales luchan y guerrear entre sí, pero siempre es por la dulce posesión de una jovencuela del sexo opuesto o por la conquista de tal o cual alimento. El hombre lucha diariamente por estas cosas, pero sólo guerrea por abstracciones: la patria, la religión, el derecho, la libertad, el honor, la civilización, etc. Y la verdad es, señores, que nunca ha existido en el universo ningún otro animal tan animal como para dejarse agujerear el cuero por unas pocas palabras que todos los diccionarios definen mal.

La guerra no es una cosa inherente y conatural a la especie humana. Es una desdichada invención del hombre como tantas otras: como los fetiches del salvaje, las visitas de cumplido, el sistema parlamentario, el batallón o el lawn-tennis, todo lo cual puede suprimirse sin temer a que peligrará la existencia humana. Sucede lo contrario: que el hombre

ha inventado unas cuantas pavadas con el morboso propósito de perjudicarse a sí mismo: la guerra, los sacrificios humanos, el matrimonio, lo contrario del matrimonio, la burocracia, la ruleta...

Hoy, en el año 1926, tras una conflagración, tras una catástrofe que duró cuatro años, sabemos positivamente qué es una guerra: Quedaron sobre los campos de Europa veinte millones de cadáveres, y veinte millones de combatientes salieron descalabrados, mutilados, inútiles para toda su vida. Todo el planeta sufrió las más espantosas consecuencias: miseria, enfermedades, dictaduras, retroceso de la cultura, de la industria, del comercio... Pero nos quedó la satisfacción de haber arruinado al mundo en nombre del derecho, de la libertad y de la civilización.

Y el hombre es un bicho tan curioso y tan falto de sínderesis, que se satisface, se enorgullece y se pavonea repitiendo estos vocablos desprovistos de sentido y que tan caro nos resultan...

Así como inventamos la guerra, tan fea, tan horrorosa, tan artificial, así estamos facultados para inventar la paz y la concordia, que pueden ser igualmente artificiosas desde el punto de vista biológico, pero nos evitarán la desagradable tarea de pulverizarnos mutuamente a cañonazos.

Así como inventamos las pequeñas patrias, el odio al vecino y el espíritu estrecho que todo ello comporta, así estamos facultados para inventar la patria grande y única, la tolerancia — ya que no el amor — al prójimo, y un espíritu más amplio y comprensivo.

A nuestra vista se está realizando un ensayo con bastante éxito: los Estados Unidos de Norte América. En una extensión de 7.839.051 kilómetros cuadrados, pudieron fundarse como en Sud América o en Europa, 48 naciones *libres*, 48 patrias distintas y particulares, que hoy se odiarían a muerte entre sí, se armarían ferozmente unas contra otras y se declararían sangrientas guerras con pasmosa facilidad. Sin embargo, prefirieron constituirse las 48 naciones en una sola federación que las comprende a todas, y que hoy, por ejemplo, hace imposible una guerra entre Kentucky y el Illinois por la posesión de alguna Taena y Arica o Alsacia y Lorena. En cambio, se han poblado prodigiosamente tierras que estaban desiertas hace menos de un siglo, y la vida humana se ha desarrollado en tal forma, al amparo de la paz, que hoy son los Estados Unidos admiración y envidia del mundo entero.

Lo que se ha hecho en Norte América se puede hacer en todo el resto del planeta. Se tropezará con los sagrados intereses de unos cuantos sinvergüenzas y la natural tontería de mucha gente de buena fe. Pero se puede hacer.

Creo que es la única manera de terminar con la guerra.

Y con otra cosa que estimo peor que la misma guerra: la mentalidad militar.



*Emilio Frugoni*

## *EL DEBER DE LOS JOVENES*

No puede haber lazo de unión más fuerte entre los espíritus jóvenes de América que la aspiración de ahuyentar para siempre de nuestro lado el espectro de la guerra.

He aquí un destino continental característico que bastaría por sí solo para abrir en la historia del mundo una nueva era de la civilización: ser un continente refractario a la guerra entre naciones.

Poner a los países todos de América en condiciones de vivir en plena armonía, o al menos de no arrojarse a dirimir con las armas posibles litigios, debe ser preocupación de la juventud especialmente, hasta por el orgullo histórico de consagrarse como generación cuyo paso por la vida marea huellas radiosas y rumbos salvadores. Las generaciones jóvenes de ahora están obligadas a abordar sin tardanza la obra de prepararlo todo para el reinado definitivo de la paz. En ellos vive intensa todavía la impresión de aquella monstruosa locura que durante cuatro años desató sobre el orbe civilizado un viento implacable de exterminio.

Los hombres de hoy recordamos aún los horrores de la hecatombe mundial porque los sentimos en carne viva. Los que ya son viejos poco pueden hacer: por serlo — ya que el empuje reclama energías frescas y vibrantes — y porque, además, entre ellos abundan los que cegados por sus prejuicios no acertaron a sacar de la tremenda lección la verdadera enseñanza.

Me parece axiomático que los sucesos históricos sólo aleccionan realmente a las generaciones futuras. Los hombres que intervienen en ellos o ante los cuales se desarrollan, rara vez cambian de opinión a su influjo. Se apresuran a ver en ellos la confirmación de sus preconceptos o preocupaciones. Entienden que ellos vienen a reforzar su criterio, dándoles la razón. Así, ante la guerra mundial, los antiarmamentistas decíamos: "He ahí a lo que conduce el armamentismo", mientras que los armamentistas, por su parte, exclamaban: "He ahí la demostración de que no sería conveniente ni es posible desarmarse"...

Los jóvenes, los hombres que van entrando en posesión de una personalidad civil y política y vienen libres de las supervivencias mentales que ponen vendas en los ojos de tantos espíritus canosos, son los llamados a recoger la enseñanza del hecho, interpretando el sentido íntimo de su lección histórica.

Las nuevas generaciones tienen sobre sí la responsabilidad de pronunciarse y esforzarse para que los frutos de esa lección no se malogren. Mañana, acaso sería tarde. Si ellos no se apresuran a cosechar esos frutos; si dejan pasar el tiempo sin imponer en la atmósfera espiritual de los pueblos la vibración poderosa de una sensibilidad y un pensamiento

nutridos con la dura enseñanza que los alcanzó fecundándolos, se producirá el estancamiento y luego se iniciará el retroceso.

Las generaciones que vengan después no conservarán tan vivo el recuerdo de la catástrofe. Empezarán a conocerla por algunos vagos relatos orales, y luego tan sólo por la lectura de narraciones que cada vez herirán menos su sensibilidad, hasta no rozarla siquiera. La sensación de los horrores de la guerra será cada día más contrarrestada por la exaltación de sentimientos nacionalistas, por emulaciones hostiles, por mil factores de belicosidad y discordia. La idea de una nueva conflagración, que hoy todavía nos aterra todos, y es en todas las naciones tan impopular que hasta los gobiernos menos pacifistas se ven obligados a aparentar la intención de organizar el mantenimiento de la paz sobre bases de acuerdo, perderá, y en breve, gran parte de su eficacia intimidadora y de su impopularidad, si no conseguimos prolongar en las generaciones la sensibilidad pacifista forjada bajo las enseñanzas palpables de la conflagración. Se habrá perdido para la causa de la pacificación del mundo el precioso concurso del sentimiento de aversión a la guerra provocado por la que recientemente padecemos. Para que no se pierda su concurso hay que apresurarse a trasfundir ese sentimiento, hecho ideología, en la mente colectiva de las generaciones.

Es, pues, necesario que los jóvenes de hoy levanten bien alto sobre su cabeza la antorcha de su convicción humanitaria. Y no la dejen sino en manos de otros nuevos jóvenes que la transmitan a su vez, rechazando las sombras de la reacción en acecho.

En el viejo mundo, tan convulsionado por el forcejeo de oscuras corrientes, de antagonismos ancestrales, de odios atávicos, de rivalidades étnicas, de competencias económicas, la tarea es difícil y de resultados muy lentos. Allí la guerra ha sembrado gérmenes de guerra, y el amor a la paz parece un árbol que no logra ahondar sus raíces en un suelo removido por la dinamita y la metralla. Pero en América, patria de aluvión, donde la leyenda bíblica de Babel ha de rectificarse con la comprensión mutua de todas las razas y el hablar armónico de todas las lenguas, el terreno está mejor preparado para el cultivo de la confraternidad internacional. Y la confraternidad internacional no es tan sólo una frase. Ni debe ser tampoco simplemente una aspiración inconcreta. Es un criterio, una conducta y una orientación de gobierno. Se manifiesta, pues, en actos que la definen y le son inherentes. Si esos actos faltan, si no se realizan, la confraternidad no existe o queda reducida a una declaración retórica. Conspiran contra ella las



# Leonidas Barletta

## S E M I L L A

### I

En la portada del Tiro Federal hay un cartelón que dice: *Aquí se aprende a servir a la Patria*. Debería decir: *Escuela de asesinos*.

### II

El hombre que se ejercita en el tiro al blanco es de hecho un criminal refinado. Tarde o temprano revelará sus aptitudes.

### III

Todos saben y ninguno parece comprender que un fusil no sirve para otra cosa que para matar.

### IV

Tú, nunca te has atrevido a aplastar a una mosca; un día te ponen un fusil en la mano y matas sin mirar...

Cuando vuelvas a tu casa, asesino, ¿te atreverás a besar a tu mujer y a tus hijos y los mirarás cara a cara?

### V

Y una razón práctica: el arma puede servir para algo más noble que para defender los intereses de la sociedad capitalista.

### VI

Cuando no haya más remedio que empuñar un fusil, lo mejor será que lo volvamos contra quienes nos mandan.

### VII

Nada hay tan terriblemente salvaje, dentro de esta pretendida civilización, como esos hombres que se entregan al estudio y aprendizajes guerreros.

maniobras de oligarquías rapaces y venales que hacen del problema de Tacna y Arica, de una y otra parte, una especie de volcán artificial siempre pronto a echar humo y a producir detonaciones inquietantes en cuanto convenga a ciertos fines políticos, con riesgo de que un día tome fuego toda la pólvora y sobrevenga lo irreparable. Y conspiran hasta después de haber entregado la solución del pleito a la intervención de Estados Unidos, que acaso se dispone a explotar en su provecho exclusivo el fenómeno de pirotecnia o acaso lo apague sentándose sobre el cráter, si ello entra en sus cálculos. No menos conspiran los gobiernos que entran el recelo contra el vecino y se entregan al negocio criminal de las precauciones "defensivas". Frente a esos factores de discordia, la juventud digna de tal nombre ha de organizar la milicia de la confraternidad, proclamando que sólo una política que tienda al desarme puede considerarse de acuerdo con el destino histórico inmediato de las naciones americanas.

### VIII

El militar — salvaje profesional de las guerras — es indigno de vivir en la sociedad de los hombres.

### IX

Cuanto menos nombres de militares haya en la historia de un país, más dirá en favor de su cultura.

### X

Principalmente la mujer debería repudiarlo. No debe haber novias para estos criminales de uniforme.

### XI

Hay comisiones de Damas de la Cruz Roja, de la Cruz Verde y de todas las cruces y de todos los corazones, empezando por el sagrado Corazón de Jesús; hay comisiones protectoras de árboles, de perros, de boy-scouts, de la ciudad, etc.; pero una comisión de *madres* contra el militarismo y contra la guerra es cosa que no se les ha ocurrido a las mujeres.

### XII

Para demostrar que sigue amando a los niños, como Jesús, a la Iglesia no se le ha ocurrido otra cosa que vestirlos de boy scouts e instruirlos en las prácticas militares.

### XIII

Esos pobres chicos no son culpables. Siempre un tambor ha enardecido la imaginación de un niño. Pero, ¿y las madres de esos niños, son madres?

### XIV

Si existiese aquel que multiplicó los panes y los peces, a esas mujeres les quitaría el don de parir.

### XV

Madre: ¿pero es que tu hijo, el tuyo, entiendes, se ha de pudrir algún día en el barro y en la sangre y ha de sucumbir destrozado y no has de ser capaz de salir a la calle, como una leona, a defender la carne de tu carne?

### XVI

Prueba de la estupidez humana es que, después de la experiencia de Europa ensangrentada, todavía hay presupuesto de guerra, escuela de guerra, ministro de guerra.

### XVII

El pueblo duerme y confía. Pasa por el cuartel, se complica de asesino; luego hace familia, echa hijos...

### XVIII

Si para algo sirve mi palabra, yo digo que debemos prepararnos para resistir las guerras. Hay que hacer el vacío a la casta militar mil veces maldita; hasta extirparla. Y hay que sembrar la simiente de la rebeldía. Y el día que la guerra llegue va a encontrar en nosotros un pueblo que guerra por guerra sabrá a donde dirigir las bocas de los fusiles.



# EL PROBLEMA BELICO EN AMERICA

¿Contra la guerra? A primera vista esto puede parecer extemporáneo. ¿Y quién piensa en eso hoy día? ¿Quién? Todo el mundo. Precisamente hoy mismo he escrito una carta a un escritor amigo del Uruguay, y en ella le digo: "No veo claro en el horizonte de América. Por lo visto, de nada nos ha servido la experiencia de Europa."

El horizonte de América está cada día más oscuro. Chile y Perú prefieren la guerra a quedarse sin Tacna y Arica. El arbitraje ha sido una farsa, porque ninguno de los contendientes estaba dispuesto a acatar el fallo si le era desfavorable. Pero ahora resulta que este pensamiento tan simple ha sido desbaratado por el árbitro, que pensó: "A río revuelto, ganancia de pescadores". Y resolvió no dar los terrenos en disputa ni a uno ni a otro, sino a un tercero en discordia, o sea Bolivia, lo que equivalía, en el fondo, a quedarse él con las tierras, pues Bolivia, económicamente, está entregada de pies y manos a Estados Unidos. Chile, que ve claro en esta maniobra, se opone, y desesperada no sabe ya qué preferir. ¿A dónde conduce este callejón sin salida?

Si la guerra sobreviene, ¿qué actitud asumirá la Argentina? Creo que lo que corresponde es la de una absoluta neutralidad, limitándose, en el caso de que Norte América dé el manotón que se espera, a denunciar su actitud ante el

mundo. Esto, en verdad, no servirá de nada, porque la otra parte del mundo está tan ciega y corrompida como ésta, pero es lo único que decentemente se puede hacer.

Si su encuesta tiene atinencia con el empréstito de veinte millones de dólares para armamentos, le confesaré que respecto a este punto creo que el país debe armarse. Mientras el mundo esté organizado como está, ¿de qué manera garantizamos nuestra independencia y libertad? Ya ve usted que mientras no venga *seriamente* el desarme universal, hasta la Rusia de los Soviets se ve obligada a armarse; y si no lo hubiera hecho así, hace rato que los países capitalistas se la hubieran tragado.

Esto no quiere decir que no sea contrario a la guerra. Lo soy en absoluto. Y sobre todo en América. El 21 de marzo de 1925, por iniciativa de nuestro malogrado José Ingenieros, se fundó en Buenos Aires la *Unión Latino-Americana*, a cuyo Consejo Directivo tengo el honor de pertenecer, institución que tiene por propósito fundamental orientar las naciones de la América latina hacia una confederación que garantice su independencia y libertad contra el imperialismo de los Estados capitalistas extranjeros, "propósito cuya consecución alejaría todo peligro de guerras entre los países latino-americanos.

## Día patrio

Bajo un cielo enturbiado de tormenta,  
simétricos, erguidos y callados  
desfilan los soldados de la Patria.

En vano las metálicas charangas  
llenar el aire con marciales sonos;  
un barrunto de lluvia, enfría, mata  
los cívicos delirios.

No hay canciones  
en las hastiadas bocas ciudadanas.

Por las veredas  
erra primíscua la cerril gentualla.  
Y en balcones sin flores, se arraciman  
brunas y blondas testas de muchachas.

El vaho de los sexos pone lánguidos  
brillos en las pupilas irisadas.

Un grito aislado y ronco cruza el aire  
como el seco estallido de una tralla:  
es una voz alcohólica que dice:

¡Viva la Patria!

Una grísea llovizna se diluye  
sobre la soldadesca desairada.



Oficial que conquistó honores en defensa de la



# Entre guerra y guerra

Odio a la guerra. La odio porque es feroz, porque es sucia, porque es estúpida. La odio sobre todo porque es una inmensa mentira. Y nada más abyecto, más degradante, más vil que la mentira en cualquiera de sus infinitas formas, a no ser la propia mentira para hacer daño. Si algún crimen merece pena de muerte, es ella. Quien miente para hacer daño es el último de los miserables. Me lo ha enseñado la experiencia, y lo intuye el sentimiento. Y la guerra es la mentira de millones para hacer el mayor daño posible a millones. Mentira premeditada, organizada, financiada en inmensa escala, y un año y otro.

¿Puede haber un hombre decente, de entre los que cayeron en la simpleza de creer que los aliados combatían por la libertad, por la civilización, y demás grandes palabras echadas a rodar por sus charlatanes a sueldo, que no se haya estremecido de odio y de asco al ver el uso que hicieron de su victoria? ¿Pueden ser otra cosa que cretinos o canallas — o las dos a la vez — los monárquicos alemanes que, después de la lección de la guerra, quieren la vuelta del imperio y provocar un desquite?

Y, sin embargo... ¿Qué hombre de espíritu libre y de buenos sentimientos no deseó ardentemente el triunfo del ejército rojo de la Rusia revolucionaria contra las tropas de Kolchak, Denikin y demás mercenarios, y muy especialmente el apostólico mister Wilson de los catorce puntos? ¿Qué hombre de espíritu libre y de buenos sentimientos no saludará como una aurora el día en que el pueblo italiano consiga por fin armarse y limpiar por el hierro y por el fuego la horda de charlatanes bandidos que ha erigido en sistema de gobierno el asesinato y el saqueo?

Esa es precisamente la mayor infamia de la guerra: que engendra necesariamente la guerra. Contra la guerra de bandidaje, la guerra de vindicación santa; contra la guerra de opresión, la guerra de liberación. Pero es siempre guerra: feroz, estúpidamente destructiva.

La guerra entre naciones es, pues, lo que se entiende habitualmente por la guerra a secas. Para sostenerla, para poder afrontar la posibilidad de su estallido, se necesita un número adecuado de técnicos de la destrucción, y formar en ellos la mentalidad adecuada a su profesión destructiva. Esto es: la casta militar. Los pretorianos. La casta militar que armó en Italia a las hordas fascistas y las dejó hacer sueltas. La que mantiene la inquietud en toda Europa y ha instaurado la tiranía en la mitad de ella. La que está sacando la oreja en Inglaterra con motivo de la huelga general. La que tanto ha pesado y sigue pesando sobre la historia de Hispanoamérica.

ra suprimir la guerra y con ella las tiranías? Creerlo es tan ingenuo como imaginarse que la fiebre debe atribuirse a la existencia de los termómetros.

Mientras subsistan las causas de guerra, los ejércitos surgirán como por encanto cada vez que se considere "conveniente" o necesario acudir a la "política con otros medios".

Si odiamos de veras la guerra, si queremos suprimirla de veras, es una guerra en toda regla la que corresponde, y no con frases sentimentales sino con una acción metódica, en que el heroísmo sea de todos los días; guerra a la inercia rebañega de las masas, guerra a la ignorancia, a la cobardía moral, al egoísmo anárquico, a la codicia sin freno, a la maldad hipócrita; una organización permanente de la verdad contra la organización permanente de la mentira. Una organización de la libertad, armada de punta en blanco contra las asechanzas de la opresión. La milicia abnegada de los trabajadores contra la milicia mercenaria de los parásitos. El desarme de los espíritus, que tiene por condición precia la supresión de los privilegios capitalistas. La conquista efectiva del poder para eliminar el poder de explotación, de opresión y de engaño. La coerción para la libertad, de los individuos en la nación, de las naciones en el mundo. El derribo por la fuerza de las barreras de la fuerza, entre las clases, entre las naciones. Y entendemos por fuerza, ante todo, la fuerza esperitual, porque es ella la que trae consigo la fuerza material. La fuerza bruta nos oprime porque no sabemos aún ver fuerza inteligente. Cuando lo aprendamos habremos dado su sentido más fecundo al viejo y sabio aforismo: *vita militata est*. La vida es guerra. Mientras no sepamos hacer de ella guerra por la inteligencia y la bondad, seguiremos condenados a declamar contra la guerra... entre guerra y guerra.

Por falta de espacio, queda fuera de este número una parte del material anunciado, que se dará en el primer número de

## Claridad

donde la dirección y redacción de LOS PENSADORES continuará su labor en representación de los artistas y escritores de la izquierda.



# Las dos guerras

Lenín, que tuvo tan opulenta experiencia revolucionaria, y por cuya razón sus postulados son serios e inquietantes, afirmó que "el pacifismo es un prejuicio burgués". Es inquietante esta afirmación por venir de quien viene. Jesús dijo que "venía a traer la guerra".

La revolución francesa es clara demostración de que por la guerra se avanza hacia la implantación de un régimen nuevo de mayor justicia humana con respecto al régimen anterior. El acontecimiento más grande de todos los tiempos, la reciente revolución rusa, no se ha hecho presentando al zar una solicitud en un papel sellado de un rublo. Se ha hecho con violencia, con sangre.

Si consideramos la guerra en un sentido absoluto, o también sentimental, la condenamos derechamente, como condenamos toda violencia, todo error, todo daño, y como condenamos la sangre y la lágrima.

El egoísmo de los hombres; la ausencia en los hombres que están arriba o en mejores posiciones económicas, de conciencias como la de Tolstoy o la de Romain Rolland, obliga a las víctimas del capitalismo a una reacción, que puede llegar a la violencia, es decir, a la guerra.

Los franceses de hoy, ¿aceptarían canjear la sangre del Terror por una vida semejante a la del viejo régimen? Los rusos de dentro de 20 años, ¿aceptarían cambiar su vida de ese futuro, por la que vivieron durante el reinado del débil Nicolás II?

En esta pobre vida, y con tantos hombres mezquinos, no es posible obtener justicia de otro modo que violentamente. Yo fui empleado comercial y descubrí que los patronos hacían más justicia a los obreros que a los empleados, porque éstos pedían humildemente mejoras, mientras que los obreros, tras el pliego de condiciones con el ultimátum de plazo, remitían su rencor, su rabia, sus amenazas de huelga, de romper vidrios, máquinas, etc.

Esto es así, desgraciadamente. ¡Qué más quisiera uno que la vida fuese una Arcadia donde todos se amasen los unos a los otros! Pero resulta que los capitalistas y burgueses predicán el amor y la fraternidad, para que cumplan el amor y la fraternidad solamente los oprimidos, y poder ellos explotar todos los placeres de la vida sin temor a que los pobres les arrebatan un poquitito. No debemos predicar sino la lucha de clases, el odio de clases. El procedimiento burgués y capitalista de anular la violencia y predicar la vía legal, como hacen los socialistas, es perjudicial para el pueblo. La vía legal, el parlamento, los mitines de protesta en la Plaza del Once, etc., son procedimientos inventados

por los capitalistas; siendo inventados por ellos, ¿qué mejor para ellos que los pobres los usen? Pero me estoy yendo fuera de la cuestión.

Lo que interesa desde el punto de vista argentino, es el problema inexistente del Brasil. Una guerra entre argentinos y brasileños sería una crueldad ineficaz y una torpeza de inconscientes.

Al pueblo argentino se le importa una higa del Brasil y de sus gentes. Ni amor, ni odio. Tenemos nuestra vida propia; no necesitamos del Brasil; no nos hace sombra; no nos molesta; no nos fastidia. A quiénes importa este problema es a los fabricantes de material guerrero, y a los comisionistas que cobran estupendas comisiones por su intervención en estos trámites de adquisición de armas. Las más honestas palabras pronunciadas por los más puros defensores de la paz armada, no alcanzan a ocultar la mala sospecha de escandalosos negocios. ¡Cien millones de pesos para armamentos!

Nunca, o por lo menos, durante cincuenta años, habrá guerra entre Brasil y la Argentina.

1°. No hay entre la Argentina y Brasil rivalidad de productos, pues éstos son diferentes. Lo que produce la Argentina no lo produce el Brasil, y al revés, debido a sus diversas latitudes.

2°. No existe ningún conflicto de límites.

3°. El gobierno del Brasil no puede, durante tres años sofocar una ridícula revolucioneita, y ¿cómo se va a meter con nosotros?

4°. En caso de guerra, el Brasil dispone nada más que de los estados del sud, pues a su gobierno le costará demasiado caro el transporte de hombres del Norte hacia el Sud, debido a la distancia y a la falta de caminos, ferrocarriles, etc.

5°. La verdad es que la Argentina tiene un ejército y una marina mejores y con más disciplina. Esto es muy serio; los estadistas cariocas, antes de meterse a declararnos la guerra, meditarán en los casos en que un simple marinero, Joao Cândido, o un alférez de 20 años, le sublevaron los más potentes acorazados de Sud América.

6°. Lo mismo respecto de la moneda. Creo que la Argentina posee el 70 por ciento del oro que hay en América, mientras que el Brasil sólo es dueño de un 5 por ciento. Como se ve, en caso de guerra, nuestro crédito estaría en relación con nuestro oro, y el Brasil caería en seguida en la inflación y la bancarrota.

En fin, que es imposible una guerra. Pero... eso del material de guerra... es, seguramente, exasperación de enloquecidos o conveniencia de negociantes.



## ¿CONTRA LA GUERRA?

¿Contra la guerra! Qué consigna seductora y tan poco clara, a pesar de sus apariencias...

¿Contra qué clase de guerra? ¿Qué medios se emplearán en la acción contra la guerra? Veamos un poco. Propaganda escrita, discursos persuasivos o algo más contundente? Con los dos primeros medios el proceso sería algo lento, poco seguro y la eficacia casi nula. Pues no podemos admitir que la burguesía se quede atrás en emplear los mismos medios al arrastrar al pueblo tras su carroza militar con el señuelo de "la patria en peligro", "llevar la civilización a los pueblos bárbaros", etc.

Desde el banco de la escuela hasta el cuartel, la burguesía inculca a "los hijos del pueblo" la necesidad, el santo deber de defender a su patria de los invasores. Desarraigar estos conceptos no es posible con propaganda únicamente, es necesario algo más fundamental. Hemos sido testigos oculares del lamentable fracaso de dos mil años de civilización cristiana y de cien años de propaganda liberal y socialista-reformista, y no debemos caer en los mismos errores, si no queremos cosechar los mismos frutos. Esto es, debemos usar el tercer medio: algo más eficaz. Pero esto es ya otro cantar, pues es *hacer la guerra* contra las guerras, *hacer la revolución* y propagar el verbo de la revolución... Y contra una guerra-revolución muy pocos se avendrán a hacer un "frente único"...

¿Podemos, acaso, considerar las guerras como hechos abstractos, sin relación alguna con el medio ambiente? Será, ciertamente, una perogrullada repetir aquello de que "las guerras tienen su origen en las contradicciones encerradas en el desarrollo de la sociedad capitalista, las que estallan una vez llegadas a un cierto grado de la agudización".

Y es esta verdad tan perogrullesca, tan elemental que se olvida todas las veces al emprender alguna campaña "contra la guerra".

No podemos conformarnos, al hacer nuestra obra de extirpación de los males que agobian a la sociedad y la guerra entre ellos, con los mismos métodos que la burguesía aplica en su propaganda por la guerra: condolencias poco costosas y promesas menos costosas aún. La burguesía no tiene empacho en hablar y escribir contra los "horrores" de la guerra, en condolerse por el ocaso de los "sentimientos humanitarios" y hasta llegar a prometer la jauja para después de *esta última guerra*, llegando de este modo a endormecer la oposición de los millones de seres humanos cuyo esfuerzo se ha solicitado antes y durante la guerra en beneficio único de una ínfima minoría privilegiada de la actual sociedad humana. Los hombres

conscientes deben hacer lo posible para modificar este estado de cosas. ¿Cómo? Preparar las masas populares — la mayoría de la sociedad — a salir de este atolladero capitalista, a transformar este sistema de la sociedad que es un semillero de guerras, de miseria y de esclavitud, en algo más justo, más bello y más armonioso.

Pero no podemos suponer que la minoría que detenta y disfruta todos los bienes y delicias de esta vida entregue todo su poder y abdicue de sus privilegios al simple pedido de la mayoría. Tampoco es de esperar que la mayoría, que arrastra una herencia de tantas generaciones de esclavitud y educada en el fetichismo de las tradiciones, alimentada, además, de elementos tan detestables e indigestos, como la prensa venal y patrioter, como la literatura pornográfica y el cine — "cultura" al alcance de todos — que esta mayoría, decimos, pueda, sin una preparación real y adecuada, exigir sus derechos. Hay que cuidar especialmente el fuego sagrado, el fuego de la revolución. Y es por eso que decimos al comenzar estos renglones que la consigna es poco clara. Debemos declarar la guerra sin cuartel a las cavilaciones y confusionismos.

Debemos definir claramente nuestra posición frente a las siguientes guerras: es humana, justa y merece nuestro apoyo más franco la guerra de Abd-el-Krim contra España y Francia imperialistas, como también la guerra de los drusos contra Francia, esta Francia de los "derechos del hombre", esta Francia democrática y ultraliberal; debemos declarar bien alto que la guerra de China contra los países imperialistas y sus lacayos chinos es una guerra santa; que el día que los proletarios alemanes se levanten contra el plan Dawes, esta sanguijuela moderna que la burguesía internacional aplicó a Alemania para succionar sus jugos materiales, debe ser un día fausto para todo hombre consciente.

Debemos enseñar al pueblo ir a las raíces. El aliciente para nuestra obra debe servir la Unión de las Repúblicas Sovietistas que resolvió el problema de las guerras radicalmente. Por primera vez en la historia vemos un pueblo convertir en hechos unas ideas "atrevidas" y aquí no caben discusiones, pues los hechos están a la vista. Mientras las ideas eran objeto de especulaciones filosóficas, cabían aún disputas sobre la posible veracidad de tal o cual teoría. Pero al traducirse en hechos no caben, repetimos, discusiones.

Nuestra consigna debe ser, entonces: *preparar las masas populares para cortar de raíz el origen y las posibilidades de las guerras.*



## El Héroe

Dib. de A. Vigo



### PUEBLO:

Nuestro gobierno ha invertido 32.000.000 de pesos en la reforma de dos acorazados y Buenos Aires sigue infestada de conventillos.

Destina 1.500.000 pesos para la reconstrucción de cuarteles y no hay escuelas ni hospitales.

Se prepara para adquirir 240.000.000 en

armamentos para las fuerzas terrestres y 220.000.000 para las fuerzas navales.

Vamos a tener submarinos, aunque no podamos combatir el analfabetismo y las enfermedades.

En esta emergencia, los escritores de la izquierda incitan al pueblo a que haga oír su voz de protesta, demostrando que en ningún caso va a dejarse arrastrar a la guerra.



# Si sonara el clarín

Evidentemente, la hora que pudiera ser tenebrosa para la serenidad ciudadana del país, no se encuentra próxima. Por ventura, el espíritu de confraternidad que hacia los pueblos limítrofes nos anima, es amplio y sincero.

No parecen opinar de igual manera, si embargo, los poderes nacionales y esto justifica que observemos con asombro el definido propósito de aceptar las normas que impone una delicada y absurda política armamentista. Los recientes decretos disponiendo fabulosas sumas para la adquisición de pertrechos bélicos pueden, empero, sugerir al espíritu popular una confusa y tormentosa concurrencia de observaciones. Si bien es cierto que toda alarma pudiera adquirir en estos momentos relieves de sugestión utópica, es dable, igualmente, conceder a tales presagios una cierta trascendencia. Sin duda alguna con rojos carbones no es posible realizar juegos malabares quedando exentos del peligro que en sí encierra tal intento. Demos, pues, una relativa magnitud a los augurios de violencia que se ciñen sobre nuestra organización de paz y anotemos cuál pudiera ser la actitud que asuman, en tal especial emergencia, los espíritus dinámicos y soñadores internados en la campaña de la república.

Del diario contacto con los elementos vitales que les rodean y cuyas virtudes se concretan en cada instante que transcurre; un profundo y sincero amor a la Verdad y a la Belleza se ha adueñado de sus sentimientos. Con este bagaje por tesoro van creando en silencio la virtuosa labor que su condición de figuras de vanguardia les impone. El modesto maestro de escuela que en el aula va despertando luces ignoradas de proyecciones agudas en la mente infantil; el periodista, que engrosando la escasa legión de las excepciones del oficio, inculca en el espíritu del pueblo amodorrado ideas nuevas con criterios amplios, día tras día; el poeta que con sus rimas balbuceantes descubre la existencia de una aspiración distinta a la de obtener de la Vida todo lo que ella pueda brindar con destino a las arcas o ya el muchacho lírico, lector impenitente, que anuncia a los descreídos y felices empleados de comercio la existencia de valores ideológicos, son los que, hermanados en una homogénea y semejante aspiración, constituyen el fuerte del optimismo regenerador de la existencia.

Ellos, los que forzando la muralla de los intereses que enmohecen la cultura y la divulgación de las bondades del espíritu, proyectan rayos de superación cultural, son los que, llegada la hora en que el desequilibrio de un gobierno nos empuje a la guerra fratricida, concurrirán a despertar la sensibilidad de los pueblos, sacudiendo el polvo que agrieta la conciencia y descorriendo la venda que cubre

los ojos ante el cuadro asqueante de las amargas verdades que encierra toda finalidad de lucha entre pueblos.

Esta juventud que hoy sueña, piensa y trabaja, es la que levanta su voz de protesta en la silenciosa labor cultural de cada día, contra todo intento aleroso de imponer la fuerza cual un derecho y de justificar el consabido alegato en pro del crimen de la guerra. El espíritu de Romain Rolland latiendo en la palabra de los hombres jóvenes del país, apuntalará con el vigor de su clarividencia el grito rebelde de las legiones que cruzan los campos de tierra adentro, desgarrando el antifaz que cubre el semblante deseneajado de la tragedia guerrera.

El sentido humano de los hombres aleccionados por el horrendo espectáculo de la hecatombe mundial, ha de contribuir a la noble misión de inculcar en la conciencia de la masa la convicción de que "todo pueblo en que los hombres predicán la violencia, es un pueblo esclavo". La reacción viciará y el reguero de luz que la serena frase de una juventud sensata irradie, será un nuevo bloque de granito que opongá valla al avance de los intentos criminales de los gobiernos pervertidos.

Esta la misión que los espíritus nuevos del país se han asignado; ésta la actitud que asumirán, de rebelión y combate, el día nefasto en que el crimen de la guerra logre adueñarse del sentimiento político de nuestros poderes oficiales, obscureciendo su razón y bañándonos en fuentes de pasión y odio.

---

## Concepto

En un instante dije: la guerra es necesaria  
El poder de la espada yo misma empuñaría.  
Toda sed de venganza es innoble y precaria,  
pero sólo con sangre mi sangre lavaré.

Me exalté con el toque de los bravos clarines.  
Y como Juana de Arco de sentí poseída.

Del gesto en la utopía de una patria que en  
[crines  
trompetas y tambores la saben resumida.

Mas vislumbré de pronto ciudades arrasadas;  
madres que tambalean sus sombras apretadas.  
Hermana y novia pura que la congoja asedia...

¡Sangre de nuestro espíritu, oh pensamiento  
[humano!

Arma de doble filo, tú empuñarás la mano.  
En espadas más nobles que las de esta tragedia:

*La idea triunfadora de la bestia enclada.*

RAQUEL ADLER.



# La acción contra la guerra

La humanidad ha escuchado, desde la dulce prédica evangélica hasta la imprecación violenta, todo lo que la sabiduría y el amor han dictado para extirpar de su seno el crimen colectivo.

La pavorosa contienda que últimamente azotó a Europa nos ha legado una abundante literatura que ha puesto en descubierto, con agudo sentido realista, la vida horrible que millones de hombres han tenido que sufrir agazapados como fieras en inmundas trincheras. Las supuestas virtudes que según los apologistas de la guerra ésta exalta para dicha de los pueblos, allí quedaron sepultadas bajo las ruinas, por el poder destructivo de la técnica moderna que, desde su lejano y mortífero escondite, quitó a la lucha su aspecto legendario.

Ahí quedan para enseñanza de las futuras generaciones, los libros de Barbusse, con sus impresionantes descripciones de sangrientos combates; ahí quedan las páginas inolvidables de Duhamel con el angustioso relato de los mártires que agonizan sin gloria ni consuelo, desfigurados por el lodo y la metralla; ahí quedan, retenidas por la pluma enternecida de Marcelle Caby, las escenas dolorosas de los que esperan, anhelantes, noticias del hijo, del hermano o del padre; ahí quedan, finalmente, para no citar que los más conocidos, los libros de Latzko, Frankel, Masson, Romain Rolland, Benjamín, testimonios palpitanes de la gran catástrofe, documentos que atestiguan el gran crimen cometido para satisfacer deleznable intereses que en vano se han pretendido hacer pasar por nobles principios de justicia y de humanidad.

Ya se ha dicho, pues, todo lo que había que decir contra la guerra y sus funestas consecuencias. De mi cosecha nada nuevo podría aportar.

Convengamos, no obstante, que si es mucho lo que se lleva dicho contra la guerra, poco es lo que se ha hecho para evitarla en el futuro. De la teoría a la práctica hay un buen trecho. Habrá que recorrerlo con fe si es que en realidad se desea hacer obra eficaz para librarse de sus garras. Y ello sólo será posible con la acción permanente, que aconseja no esperar el instante en que la guerra se hace presente con su largo cortejo de males para combatirla con manifiestos o declaraciones fulminantes. Concepto más cuerdo buscar, en los momentos de aparente paz, ya que dentro de la actual organización social no la hay estable ni sincera, los medios que permitan anular los factores que la engendran.

Prefijarlos en un breve artículo no es tarea fácil. El complicado engranaje del estado mo-

derno encierra más de un resorte capaz de suscitar, por sí solo, la más tremenda contienda. Pero como no pretendo brindar un programa completo de acción contra la guerra o las causas que la provocan, me resignaré a señalar, una vez más, dos de los factores que, a mi parecer, más contribuyen a perturbar la paz de los pueblos.

No recuerdo quién, y lo lamento, ha dicho que la guerra pasada nació en los bancos de las escuelas. Esta afirmación podrá parecer exagerada a simple vista. Pero si se profundiza su sentido, se verá que ella encarna una gran verdad. Tanto en nuestra tierra como en el resto del mundo, la enseñanza primaria y secundaria tienen, en su faz histórica y moral, un franco carácter militarista. De nuestros antepasados poco o nada se nos dice, salvo raras excepciones, que no sea el relato exclusivo de sus hazañas guerreras. La figura del militar impera soberana. Sus bélicas empresas gozan del comentario entusiasta del historiador que olvida dar educativo relieve a los esfuerzos colectivos para crear una cultura, a los afanes silenciosos de los hombres de ciencia, a las vidas consagradas al bien o al arte que, conjuntamente con la obra del pueblo laborioso, fijan los cimientos económicos y espirituales de una perdurable grandeza nacional.

De tan perniciosa y equivocada enseñanza nace la falsa creencia de que la patria — concebida estrechamente — es hija exclusiva del esfuerzo militar y, por ende, su engrandecimiento depende de la fuerza armada.

Estamos, pues, lejos de lo que un gran político inglés llama la historia científica o sea la historia de los pueblos, y no la romántica que es la que actualmente se enseña, constituida por la de los héroes y, lo que es peor, la de los héroes guerreros.

Para definir aún más el concepto de tan equívoca orientación histórica, conviene recordar lo que al respecto lleva dicho Altamira: "Sabido es — escribe el historiador español, — en efecto, que esa enseñanza peca, muy deliberadamente unas veces, por influencia no contrarrestada; otras, de un patriotismo egoísta, de lo que llaman los franceses "chauvinisme". Desfigurar la historia de los pueblos extraños; disminuir su importancia en todos los momentos, señaladamente sus servicios a la civilización; acentuar sus faltas al mismo tiempo que se enaltecen las excelencias del pueblo a que el maestro o el historiador pertenecen, y, por fin, apoyarse en esa exposición inexacta para establecer un juicio comparativo en virtud del cual el país propio resulta ser, por condiciones esenciales que le señalan determinada



trayectoria y misión en la historia, el mejor de todos los que existen en el mundo, cuando no el único propiamente civilizado y merecedor de dominar a los otros, tal es la obra del chauvinismo, de la patriotía, en la materia histórica."

Las consecuencias que el joven alumno saca de semejante enseñanza, no pueden ser más funestas para el porvenir pacífico del país. En primer término, se le habrá infiltrado en su espíritu la falsa creencia de que tan sólo con las armas en la mano se puede elaborar la grandeza nacional; de que el país sólo recuerda y honra a los guerreros; de que no hay carrera más provechosa y llena de halagos que la del militar, y, finalmente, que ejército y patria se confunden dando origen a la peligrosa idea de que no hay patria grande sin un ejército fuerte, no habiendo para el patriota otra misión más noble que la de pertenecer a la milicia o por lo menos, la de contribuir a su sostenimiento aunque ello vaya en desmedro de la cultura y el progreso económico de la nación.

Para inculcar el espíritu militar en el pueblo todo está admirablemente organizado en la actual sociedad. Los monumentos más grandiosos, el nombre de las principales calles, los homenajes ruidosos a los héroes militares, para citar sólo tres aspectos de tan absurda glorificación, contribuyen eficazmente a desviar la conciencia colectiva que, luego, exaltada o engañada, se somete mansamente a las duras imposiciones de la paz armada o presta su ciega adhesión a las trapisondas diplomáticas o militares que en forma oscura suscitan las contiendas entre los pueblos.

Y como sobre tan importante punto no está demás insistir, máxime en estos días que un poeta desequilibrado consagra sus horas para propagar condenables principios, reproduzco una ilustrativa página de Richet que completará lo que llevo dicho sobre la influencia del espíritu militar en la vida contemporánea. He aquí: "En nuestra vida social todo tiende a glorificar al oficial y a la carrera de las armas. La charretera es el símbolo de la lealtad, y la consideración pública rodea a los que la llevan. Desde la infancia, en libros y conversaciones y en discursos y periódicos aprendemos y sabemos de manera cierta, que el militar personifica la valentía y el honor. Adulación universal aun en la misma Inglaterra, donde el cuerpo de oficiales es muy escaso; aun en Bélgica, donde el papel del ejército ha quedado reducido a la más mínima expresión.

A eso se debe el que las naciones, cuando quieren simbolizarse, adoptan por símbolo a su ejército. No hay fiesta nacional sin gran parada militar, costosa exhibición en la que el desfile de los cañones, las cargas de caballería y los ejercicios de los infantes excitan la admiración popular. Los soberanos o los presidentes de República tienen un Cuarto Militar, y el cuajo de los variados uniformes que

se lucen, parece que realza el prestigio del país. En todos los Parlamentos, cuando se habla del ejército nacional parece que lo hacen con infinita ternura, y si alguien se atreviese a preguntar: "¿Por qué?", seguramente lo considerarían como un osado". Como un osado y, agregaría, como un terrible antipatriota merecedor de severa pena.

El periodismo moderno, si cumpliera lealmente con la sagrada misión educativa que le está confiada, sería, evidentemente, el medio más eficaz para mantener la paz entre los pueblos. Bastaría su sincera contribución en los instantes de peligro, para desbaratar las intrigas de todo orden que, con audacia y habilidad, suelen urdir, sobre todo en estos países de Sud América, los "scaremongers" al servicio de los grandes especuladores internacionales y de las fábricas de armamentos. Pero he aquí que, desgraciadamente, ocurre lo contrario en la mayoría de los casos. Lejos de orientar sanamente la conciencia popular, la envenenan sirviendo los peores intereses. Tan pronto contribuyen a la desvalorización de la moneda o acrecientan la miseria, propalando toda suerte de noticias falsas, como magnifican intencionalmente ridículos incidentes fronterizos. Una bandera ofendida por cuatro o cinco sujetos irresponsables; una riña entre dos militares, ocurrida allí donde la fuerza o el capricho de los gobernantes del pasado han fijado un límite funesto; una conferencia descabellada de algún patriotero exaltado; o, lo que no deja de abundar en esta época de afanes deportivos, un botellazo dirigido sin mayor acierto por un espectador anónimo contra un "half-back", en los partidos internacionales de football; o la mala decisión de un "referé" en un vulgar match de box, dan ocasión para las más hirientes diatribas contra el extranjero con la consiguiente insinuación al gobierno para que solicite humillantes "explicaciones" diplomáticas.

Dentro de poco todo esto se complicará, por lo menos en nuestro continente, con las inevitables rencillas celestiales, ya que por obra y gracia de una liga que ha monopolizado el patriotismo y el honor nacional, tendremos o mejor dicho tenemos ya un dios argentino, guitarrero y peleador, que desde las alturas mira de reojo y escupe por el colmillo, incitando a la payada al dios chileno, paraguayo o brasileño. Era tiempo de que nos independizáramos de un dios extranjero, judío y bolchevique que envió a su hijo para predicar por el mundo la antipatriótica idea de que los hombres debían amarse los unos a los otros.

La guerra ruso-japonesa y la pasada conflagración europea, como asimismo ciertos aprestos bélicos que han intranquilizado a determinadas repúblicas Sudamericanas, han evidenciado inconfesables manejos por parte de la prensa venal, contra la cual será necesario, algún día, tomar serias medidas. Para abrigar un ejemplo del poder o de la influencia que el



periodismo inmoral puede ejercer en detrimento de la paz de los pueblos, bastaría recordar la participación deshonestas de la mayor parte de los grandes diarios franceses durante la guerra ruso-japonesa.

Bien se sabe que aquella guerra la provocó Rusia. El régimen zarista se proponía ahogar el movimiento revolucionario que amenazaba derribar su poder. Nada mejor, por lo tanto, que desviar la atención pública provocando un conflicto que reanimase al decaído patriotismo popular. Para salvar la tiranía todos los medios eran buenos. Pero si resultaba tarea más o menos fácil la de engañar al pueblo con el espantajo del peligro exterior, no lo era tanto el de obtener en el extranjero las decenas de millones necesarios para alimentar una campaña guerrera. Porque para los precavidos banqueros norteamericanos e ingleses el desastroso estado de las finanzas zaristas y el desbarajuste administrativo, no constituían, por cierto, un misterio. Sólo Francia, con la bien paga cooperación de la prensa, podía brindar los millones que tanto anhelaba el gobierno imperial para su salvación. Y para esto era indispensable, en primer término, engañar a la opinión pública ofreciendo diariamente por intermedio de los periódicos un balance falso de la situación financiera del imperio. La campaña se realizó con entusiasmo y persistencia. Los grandes diarios franceses consagraban suplementos especiales para poner de relieve el brillante estado económico de la Rusia zarista. A las demostraciones falsas seguían las incitaciones al público para que adquiriese títulos del empréstito ya que, así se lo aseguraban, el dinero habría de ir a buenas manos lo que garantizaba una devolución acrecentada por apetitosos intereses.

Fué de tan original manera cómo Rusia, o mejor dicho el zar, pudo por aquellos años hacerse de los millones necesarios para proseguir una guerra injusta y reprimir en forma sangrienta, al mismo tiempo, los viejos anhelos de libertad.

¿Cómo se logró todo esto? Muy fácilmente: comprando a la prensa francesa que, casi en su totalidad, se prestó para facilitar las más repudiables combinaciones financieras. En comprobación de lo que antecede existen entre otras pruebas las que se desprenden de la voluminosa correspondencia mantenida entre A. Raffalovitch, agente zarista en Francia, y el ministro de Hacienda del imperio. Para abreviar, veamos algunos fragmentos de las ilustrativas epístolas que dejo sin traducir para que nada pierdan de su sabor: "...les deux sacrifices coûteux a Havas (10.000) et au Temps (7.000) sent tout a fait nécessaires..." "Pour le *Matin*, j'ai pris 37.500 qui ont été mis de côté sur le crédit de 700.000 francs et qui serviront a payer les annonces de tirage pendant 1905-6. Il reste 662.000 francs, dont 100.000 francs dus le 30 et 100.000 le 15 de chaque mois..." "Le *Journal* ayant fait ses comptes, aurait constaté qu'il a

depensé 255.000 francs de dépeches pour la guerre. Il a demandé une augmentation, que j'ai refusée..." "Ce n'est pas le premier coup de trahison du *Temps* qui a touché 100.000 francs du syndicat des banquiers, lors de l'emprunt 1906..."

¿Para qué proseguir? Los banqueros franceses dieron su dinero; buena parte de la clase media compró con sus ahorros títulos del empréstito, y el gobierno zarista con la activa y deshonestas complicidad de la prensa francesa, obtuvo lo que pretendía sabiendo de antemano que no habría de cumplir con los compromisos contraídos. Y esos son, precisamente, los millones de francos que ahora se pretenden cobrar, con sus correspondientes intereses, a la Rusia de los Soviets, deuda que los mismos diarios subvencionados reclaman airados en nombre de una moral que ellos fueron los primeros en ultrajar cegados por un desmedido afán de lucro.

Así fué organizada financieramente la guerra ruso-japonesa, así fué ahogada en sangre la revolución rusa de 1905.

No he pretendido mayor originalidad en el ligero examen de los dos factores. El primero, o sea el relativo a la enseñanza histórica, ha sido ya debidamente estudiado por diversos congresos internacionales de ciencias históricas. Recordaré que en uno de ellos — celebrado en Roma en 1903, — el doctor Hartmann presentó la siguiente proposición: "La sección segunda del congreso hace votos porque el método de enseñanza en todos los países sufra una transformación, en el sentido de dar la mayor importancia a la historia de la cultura de la economía y del derecho público y de omitir todos aquellos recursos historiográficos con los que se suele excitar, pecando contra la objetividad histórica, el odio hacia las naciones extranjeras".

En cuanto al segundo, relativo a la influencia perniciosa de la prensa, hay al respecto, también, numerosas resoluciones que no han tenido, hasta ahora, una aplicación eficaz. El punto noveno de la circular titulada: "En pro de la paz futura. Invitación a la colaboración y preparación" (La Haya, noviembre de 1914), decía: "Supresión de todo lo que pueda fomentar la enemistad entre las diferentes naciones, sobre todo por la prensa."

No son, pues, resoluciones las que faltan. De lo que se carece es de una acción internacional práctica y persistente. Y la mejor forma de hacerla efectiva no es otra, aunque ello huela a paradoja, que la de comenzar por la propia casa o sea el país en que se vive.

¿Cómo? Actuando con decisión en los diversos aspectos de la vida política, económica, gremial e intelectual de la república. Bien sé que esto no será del agrado de los que confunden, lamentablemente, la buena con la mala política. Me pido a mí mismo que la paz y el



ril politiquería, tan común en estos países de incipiente cultura cívica. No admito, en cambio, el desinterés por la participación en aquellos actos de la vida pública que tienden a corregir vicios de la actual organización social. Ya que el olvido de este elemental principio quita, luego, el derecho de protestar contra los graves males que no son más que un producto lógico del sistema político imperante. Y en este caso se encuentra la guerra. Si existe el propósito serio de ir contra ella poco se ha de lograr formando grupitos desvinculados de la acción directa o lanzando manifiestos sin contenido práctico en los tristes instantes en que se hace presente y es difícil, por no decir imposible, evitarla. La guerra está latente en las mil trabas aduaneras que separan a los pueblos; en las ocultas maquinaciones de la diplomacia secreta; en las columnas de la prensa venal; en las fronteras preestablecidas por el capricho o la fuerza; en los ensueños de grandeza militar; en los conceptos belicosos de una equivocada enseñanza de la historia, y en otros aspectos de la vida nacional que exigen una inmediata reforma. En la eliminación de estos factores descansa la posibilidad de una paz estable. Hay ya en el país fuerzas organizadas — políticas y gremiales — que persiguen esa finalidad. En robustecerlas, aportando cada uno su inteligencia y sus energías en aquellas actividades que coincidan con el ideal que se sustente; en el control y la crítica permanente de las instituciones u organismos sociales que puedan sembrar la discordia entre los pueblos, estriba, a mi parecer, la verdadera obra encaminada a extirpar de la tierra el crimen colectivo.



En héroe de la Legión Extranjera...

## *Canción por el dolor de la guerra*

### I

*Una ira loca  
había sacudido a los hombres.*

*Y en todos los vientres  
maternos  
el horror secó los frutos.*

### II

*Desolación más grande  
no hubo en la tierra.*

*En aquella hora,  
era cruel la diurna  
claridad del cielo.*

*Y como nunca angustiosa  
era la tristeza  
de los crepúsculos.*

*Noches de espanto  
vivía el alma, gimiendo  
por la paz lejana.*

*Lividas auroras  
aguzaban en la carne  
las cuchillas de un presentimiento  
aciago.*

*El miedo colgaba  
de los árboles, rotos  
en una imprecación desesperada.*

*Desolación más grande  
no hubo en la tierra.*

### III

*Dios estaba muerto.*

*Y Cristo tenía  
en la boca de las llagas  
de su cuerpo, estériles,  
un sarcasmo doliente.*

### IV

*Y estaba seco el fruto  
en todos los vientres  
maternos.*

*Y una ira absurda  
enloquecía a los hombres.*

MARCOS FINGERIT.



# DE LA GUERRA A LA AYUDA MUTUA

por Juan Lazarte

De la guerra a la paz, es la fórmula que se resuelve en el profundo problema individual: de la lucha a la ayuda mutua.

El primer factor de la guerra es la voluntad del hombre. Lo mismo las tribus salvajes o las civilizaciones con ciclos cerrados o abiertos, la han hecho, sin término preciso y concreto. El hombre es un bipedo guerreador, y la guerra viene porque los hombres la quieren, y tan la quieren, que se preparan para ella. Por eso es imposible exterminarla, mientras los espíritus estén armados, mientras los hombres consideren al semejante como un enemigo... Miramos los acontecimientos bélicos con ojos distintos y bajo una perspectiva distinta también a la de nuestros tatarabuelos. Lo importante es cuánto está detrás de los ejércitos. No son ni las bayonetas ni los tanques, gases asfixiantes, zeppelines, aeroplanos, fábricas, arsenales, usinas, etc.; lo primordial, es cuanto dirige todo esto: el cerebro, la inteligencia y la voluntad del "hombre guerrero civilizado".

La guerra es un motivo universal. Un motivo de vida civil. Una creación de la ciudad y del campo, una categoría como el fuego, la libertad o la enfermedad.

## PACIFISMOS.—

Todo el pacifismo burgués ha fracasado. No se puede repicar y andar con procesión, como no se puede hacer la guerra y hacer pacifismo. Este empezó con una farsa. Palacios de la paz que se levantaban, en La Haya, con oro de la guerra. Guerreros campanudos y chillantes — Roosevelt, el Zar de Rusia, el Kaiser Guillermo —, recibiendo premios de la paz!!

Todo el pacifismo fué un ejercicio espiritual y corporal, al mal se dedicaban personas distinguidas, sin ocupación y privilegiadas. Luego era tan noble ocuparse de la Paz!! Se hizo una especie de Sociedad de Beneficencia de las naciones...

Cuando vino la guerra todos estos pacifistas se fueron a sus casas y gastaron igual voluntad y energía por la misma guerra, a la cual tanto combatieron. El pacifismo fué un inmenso "bluf", amparado por algunos chiflados bien vestidos y por añadidura millonarios.

Sucedió que todos o casi todos los pacifistas que trabajaban durante la paz, por la paz, eran militaristas, patrioteros, propietarios y hombres de honor. Durante la guerra ninguno hizo nada por la paz. Individualmente ninguno opuso voluntad y conciencia en contra de la matanza, como lo hicieran algunos anarquistas, comunistas y muy pocos socialistas. Fracasó el pacifismo colectivo e individualmente, por carencia ideológica y raquitismo ético. Después la paz era una especie de *cabaret* donde se gastaban las horas que se pueden perder y no una

religión o una convicción profunda, vale decir, una conciencia.

El pacifismo burgués fracasó por carencia de conciencia pacifista.

## LAS CAUSAS DE LA GUERRA—

La más simple, la del sentido común, son los armamentos. Sin armamentos no habría guerra. Sin paz armada, las contiendas serían menos sangrientas y depredadoras, y no es de esperar que los hombres se atacaran por mucho tiempo a mordiscos, palos y bollos, etc.

Sin armamentos, la guerra no sería tal, aunque la paz estuviera en el polo Norte.

Mientras haya ejércitos y armadas habrá guerras, como mientras haya sol habrá luz; entonces (si se es sincero y consecuente), menester es trabajar por la supresión total de ejércitos y armadas, sin miedo de ningún género.

Las fuerzas militares tienen dos fines: servir para la guerra interior y exterior, aunque todas las guerras son exteriores e interiores.

Los armamentos tienen causas que los determinan o ellos determinan otras? Después de haberse escrito miles de volúmenes, aun no se sabe la verdad.

Para los economistas tipo materialistas y hecbólogos marxistas, la guerra es el producto del capitalismo (¿El capitalismo producto de quiénes?) y la grande, 1914-18, fué el final del imperialismo, final que no es tan final, que no está claro para nadie y que aun no se ve. El capitalismo está bastante arraigado y necesitará más de una revolución para desaparecer.

Los imperialismos son causa de guerra. Todas las naciones son imperialistas. El imperialismo lo da el Estado más que el capitalismo.

Más importante a nuestro parecer que el imperialismo es el Estado, por su definición de poder tiránico y absoluto, es la fuente permanente de las guerras. Donde hubo Estado grande o pequeño, de ciudad o de imperium, allí la guerra llegó y estalló para no irse más.

El Estado sea chico y mediano tiende a extenderse, es un poder y como todo poder tiende a ser ilimitado. De chocar con otro poder no lo contiene más que una gran desigualdad o el equilibrio de fuerzas, desencadenables en cualquier oportunidad. La razón única es la fuerza y el sistema entero la violencia. Así se van unas naciones contra otras, unos estados contra otros, unos pueblos contra otros...

La propiedad en una organización societaria como la nuestra, es causa de frecuentes guerras. Sindicatos de capitalistas defienden sus intereses y embarcan a los gobiernos en aventuras bélicas siempre desastrosas para el hombre.



La sociedad con sus clases, desigualdades, crímenes, injusticias, etc., es un espejo de la guerra (como la guerra puede serlo de la sociedad). No por descuido o azar se llamó guerra social a la de adentro de fronteras.

Las naciones actuales tienen su fundamento en bandidos, guerreros, atropellos y en quienes hicieron de la guerra un culto.

Vivimos bajo el sino histórico y cultural de la guerra. Por herencia somos guerreros. Por temperamento somos guerreros. Por voluntad aspiramos a ello. Por inconsciencia conspiramos belicosamente.

Cuando se agrupan los hombres sin libertad para fines malos, nace el espíritu guerrista y no se borra más hasta que desaparecen o hunden bajo el pie de la guerra.

#### POR QUE SE VA A LA GUERRA—

Se va a la guerra por orgullo nacional, odio, reputaciones militares, negocios, equivocaciones, diplomacia. Se va a la guerra porque todavía los hombres tienen que saquear, violar, destruir e incendiar; por cuanto de salvaje tenemos, de lo malo que tienen los salvajes y de lo malo que tienen los modernos; vamos a la guerra por las falsas ideas de justicia, religión, igualdad y ecuanimidad que tenemos. Así se dió el caso que, en la última, todos los beligerantes luchaban por la justicia, por el derecho e invocaban por testigo a Dios.

Al final todos pierden la guerra, que en el fondo es la lucha de todos contra el espíritu del hombre. Cuanto más mundial es una guerra, tanto más va contra el hombre. No hay contrarios. Alemanes, ingleses, franceses, rusos y austriacos, todos luchaban sin saberlo contra la humanidad. Y en la próxima, que se avecina, todos van a destruirla. Es una "macana" decir que la guerra va a destruir la guerra. Sería como decir que las gallinas van a destruir a las gallinas, por esto en 1926 hay más soldados en el mundo que en 1914.

#### RESULTADOS—

Millones de muertos y heridos. Destrucción, devastación, despilfarro de riquezas y trabajo. Hipoteca de la humanidad y esclavitud de los pueblos por largos años.

La muerte de un vecino no puede ser de utilidad para ninguna persona honrada, a no ser que sea verdugo, bandido o ladrón.

Cuanto la guerra deja en las conciencias de amargura y dolor, imposible es saberlo. La gran desilusión en los espíritus que estuvieron en ella, no se apagará jamás.

La muerte de los vecinos, para unos es la pérdida de espíritus amigos, para otros es un nuevo remache a las cadenas.

Las clases pobres, que van a la guerra, van a forjarse nuevas cadenas. De allí no sale más que esclavitud. Jamás tuvo otros resultados preciosos y admirables. En las dos o tres mil guerras habidas, los vencedores no vencieron nada. Si consiguieron riquezas o colonias fueron inútiles y jamás aprovechadas.

La derrota de Alemania, ¿qué beneficio trajo al mundo?

El mismo que si hubiera sido derrotada Inglaterra: un desastre. Después de todo, Alemania tampoco se apagó, como lo desearon y predicaron los chauvinistas franceses y los junkers ingleses. Austria, que fué zurrada siempre, es gran potencia. Lo cual demuestra que los militaristas-matasiete (que quieren matar todo), no tienen razón cuando hablan de la destrucción de las potencias por medio de la guerra. Francia derrotada completamente en Sedán, resiste al Imperio Germánico en 1914. Los militaristas y armamentistas (que son los camorberos de los pueblos) se equivocan al hablar de hegemonías. No podía dar otro resultado una visión gallinácea y troglodita de la historia.

#### NOS LLEVAN A LA GUERRA—

Por educación, tradición, familia, entusiasmo y estupidez. Pero sobre todas las cosas, por falta de imaginación e independencia de espíritu.

Si los hombres tuvieran imaginación suficiente quedaría cerrado un camino de los muchos que nos llevan a las batallas.

Si hubiera independencia de espíritu, voluntad de pensar, pocas guerras se sucederían.

Si cuando la diplomacia o los gobiernos nos lanzan a catástrofes del género, cada hombre se preguntara ¿por qué? y no fuera hasta que su consciencia estuviera convencida, habrían desaparecido para siempre las guerras de la faz de la tierra.

Pero nadie pregunta por qué. Y al que pregunta e insiste, lo encarcelan, befan y tratan de cobarde, lo cual demuestra que la cobardía revolucionaria es una virtud sujeta a nuevas revisiones. El pensamiento bien manejado es el enemigo mayor de todo crimen colectivo. Puesto en acción, no nos llevan a la guerra.

#### LOS PARTIDARIOS ETERNOS DE LA GUERRA—

Todos los gobiernos creen que no contando con el poder militar, no se cuenta con nada. Es una lógica clara, por cuanto el gobierno es un aspecto final o si se quiere concreto del militarismo. Sus gobernantes viven tan convencidos de ello, que todo gobierno considera función primordial armarse: aumentar armamentos, escuadra y ejército. El gobierno es en todas las latitudes el primer guerrillero.

Los arrastrables son de la profesión; por consiguiente, partidarios natos. Ellos no están mal. Están en su papel y la verdad es que lo desempeñan maravillosamente. Lo que está mal es que existan tales profesiones, tales funciones, después de veinte y cinco mil años que el mono perdiera la cola.

Los comerciantes que saben la manera cómo van a enriquecerse.

Los patriotas para quienes patriotismo es caldo gordo, microbios presupuestivos, creadores de un ambiente especial para su uso.



Los intelectuales chillados, artistas domésticos que contemplan el berengenal, desde líneas lejanas a las trincheras y alguno que otro descerebrado, suicida prematuro, que en el fervor de la insanía, elige una forma de muerte violenta, como cualquier otra y que si tiene la libertad de suprimirse no tiene derecho a suprimir a nadie, ni hacernos cómplices de su desesperación.

#### ¿EL HOMBRE SE DESTRUIRA?—

Los rayos de la muerte, los gases descubiertos y por descubrir, la electricidad, venenos y explosivos serán mañana, hoy mismo, tan potentes que podrán destruir rápidamente a la humanidad.

¡Cuánta inteligencia al servicio del mal!... Bueno. Pero ya están. Pueda que el hombre los utilice para otra cosa. Hay que guardarlos. Nosotros en nuestra vida doméstica no dejamos el revólver cargado en manos de un niño, lo alejamos cuidadosamente.

¿Qué sería de los hombres si los rayos de la muerte caen en manos de un imbecil, si los gases venenosos en manos de criminales, si los explosivos en poder de delincuentes?

Bueno, amigos, todas estas cosas están en poder de gente sin moral, conciencia y razón. Por eso, si no se les quita esos instrumentos de las manos, la humanidad va a ser destruída. Que esas cosas pasen a poder de hombres sabios y buenos. Pueda ser que todavía sirvan para algo.

Eso de la destrucción de la humanidad, a nadie interesa. No nos preocupa eso de que se extermine (aunque sea una parte) de humanidad; todos creen que ellos van a ser salvados. Nadie se convence de su muerte. Así pensaban los cinco millones de muertos en los campos de batalla de Europa.

#### LA GUERRA COMO FILOSOFIA—

Los materialistas históricos y los no históricos, que son peores, no se cansan de hablar de la lucha por la vida, en lenguaje común, la lucha por la existencia. Han hecho una ciencia del *struggle for life*.

De que se les hubiera ocurrido, por imaginación o pasatiempo, a algunos sabios formular tales teorías, está bueno. Pero que se lleve a las escuelas y universidades y se haga materia de fe o dogma social, eso es un disparate morrocotudo. Ni Darwin (abuelo o nieto), ni Malthus tienen la culpa de los darwinianos o malthusianos.

La lucha no puede ser ideal social para el hombre hipermoderno.

La guerra es la lucha del hombre contra el hombre, o un aspecto de la lucha entre los hombres. Por eso que todas las guerras se pierden.

Demasiado tiene la humanidad en luchar con el ambiente. De conocer, mejor dicho, a la naturaleza. Tal vez conocer, interpretar y convertirse en naturaleza sea un fin del hombre. Muchas veces he creído que de la locura gue-

rrera secular, que envuelve la estirpe, salió eso tan onomatopéyico de luchar contra la naturaleza. Sabiduría es conocer sus misterios y el misterio tan natural y espiritual del hombre mismo.

Mucho hemos de andar para aniquilar la guerra. Lao Tze, Cristo, San Francisco de Asís, Tolstoy, Gandhi, siguieron un camino. No se puede decir que fracasaron. Spartacus, Bakounine y Lenin siguieron otro, tampoco se puede decir cerrada esta vía del sufrimiento. Tal vez el nuevo hombre encuentre la solución al gran problema de conciencia social y de voluntad individual.

La guerra como filosofía es el mal.

No queremos la guerra, es el grito del corazón del momento revolucionario. Nuestra voluntad pura se afirma contra la paz y contra la guerra, porque la paz muchas veces implica la guerra.

Si el hombre nuevo no quiere la guerra, ella no vendrá. Llegará en un admirable esfuerzo a desarmar los espíritus y a crear un órgano nuevo también de armonía, belleza y apoyo mutuo, orgullo de la humanidad redimida.

### J. Salas Subirat

## Traidores a la Humanidad

El salvaje obra por instinto; el hombre civilizado piensa antes de obrar. Y el hombre que obra como un salvaje despreciando la facultad de pensar o empleándola en beneficio de una actividad salvaje es el ser más abyecto que existe: porque traiciona a la civilización, haciéndola jugar una carta que repugna a todas sus conquistas.

El guerrero salvaje es una fuerza desatada de la naturaleza; pero el guerrero civilizado es una explosión de los más bajos instintos del hombre, aguzados por el cinismo depravado y por el conocimiento adquirido en la vida de las sociedades, a la que se asimila subrepticamente con su bagaje nocivo de pasiones inconfesables.

Y en este último caso se hallan todos los militaristas, todos los partidarios de la paz armada y todos los traidores a la humanidad.

Sin piedad mandas tus hijos  
A la guerra a que los maten...  
¡Cómo se conoce, Patria,  
Que no eres tú quien los pare!

Vicente Medina.



Ricardo A. J. Bernardoni

# EL ARTE Y LA GUERRA

*Todos somos responsables pero nadie se dé por entendido.*

El Arte es deseo de transportar lo que se ha visto, manifestado con lo que se sabe, lo que se "cree"; la guerra es lo que no dejamos que "no suceda" para ser inmanente lo que "ha visto" el artista, con lo que "cree" el artista.

Inmediatamente clarificaremos esto.

No es otra cosa puesto que aun en la guerra hay gentes que admiran la belleza un acorazado o el ritmo en marcha de un batallón.

Si fuésemos justos podríamos no hacernos ilusiones y sostener con entera franqueza que tan malo es el arte que no combate lo innoble como la guerra cruenta. Estragar el gusto de un pueblo, llevarlo por el insípido callejón de la fórmula del arte por el arte es prepararlo a todas las malas pasiones y aun más espiritualizarlas. Es idénticamente el mismo fenómeno; más: es peor... La guerra no nació de golpe, fué un proceso largo, difícil, inminente, por la incapacidad de utilizar el hombre el elemento más persuasivo, la palabra. Y hasta, estéticamente, diríamos que la guerra es la busca de la armonía entre dos o más fuerzas desencontradas.

El hecho de darse nacionalidades un pueblo entero es muestra acabada del equilibrio étnico y lo grave del síntoma es que ese equilibrio desuniversaliza los sentimientos hacia los hombres: les falsea las creencias: odio de raza, limitaciones impropias, pues se las hace variar continuamente y luego circunscribe el horizonte de los ideales a un bárbaro egoísmo regionalista. La guerra hace en esto un verdadero milagro: somete por un momento la voluntad histórica de un pueblo a su fuerza. Hace que se le dé la razón al vencedor, brutalmente, cuando en cambio se la negaron en un consejo o en una reunión de cancillería.

Se me dirá que no gana siempre el merecedor; pero diré, eso sí, que siempre el pueblo perdedor paga las imposiciones del triunfador casi sin protestar.

Esto es una transgresión momentánea. El fenómeno es el mismo: y si va a la guerra teniendo razón, o por lo menos la definiendo, ¿por qué se somete incondicionalmente?...

Antiguamente se buscaba la guerra, se hacía la guerra; hoy es al revés: se busca la paz, se hace la paz. Antiguamente los nobles hacían y buscaban la guerra; hoy los nobles, los poderosos, los republicanos se reúnen para tratar la paz, se insultan, se maldicen, se sobornan para hacer la paz... Antiguamente la guerra hacía de un noble un esclavo, de un millón de poderosos un millón de esclavos; hoy la guerra hace a cientos de millones de miserables más miserables y a media docena de millonarios más millonarios aún.

Antiguamente el arte era orgullo para el vencedor; hoy el artista se siente orgulloso de retratar a un reyezuelo, a un héroe, a un condecorado...

Antiguamente el artista retrataba a sus héroes con majestad, con cariño, con perfección, con oficialismo de su agrado; hoy los artistas retratan al "modelo", buscan la nobleza del modelo, hacen ver en el héroe, en el tirano, los rasgos de la bondad y la belleza de haber buscado la paz con la guerra...

Antes el arte representaba al guerrero sin disfrazarlo, bravo y aguerrido; hoy los artistas representan al salvador, al resguardador de la paz de un pueblo, y, en estrofas áticas, colócanse laureles en la frente, se le viste a la factura griega y se le llama corazón de Jesús en un cuerpo napoleónico...

Antes el artista era partícipe de la guerra y el héroe se dejaba retratar o alabar con serenidad; hoy los héroes saben que el artista es amigo de la paz y se hacen retratar como ellos quieren, como se les antoja, como mejor les place.

Antes el artista hablaba con el héroe de las batallas, de los encuentros difíciles, de los desalientos y de los botines ingentes; hoy el artista se humilla ante el héroe para preguntarle sus hazañas, para averiguar sus valentías, para reflejar falsamente lo que él no sabe, lo que él no vió, lo que él no odió terriblemente...

Antes todos eran amigos de la guerra y se la buscaba, se la cantaba en estrofas inmortales, se la esculpía magníficamente; hoy los obreros desean la paz, aman a sus hijos las madres, aman la paz los artistas y sin embargo la aparente paz se rompe, estalla, la guerra se desata y los hijos son soldados, enfermeras las grandes artistas líricas, los obreros soldados feroces e instruídos, pero los "cumbristas" no son nada, se cruzan de brazos, se enroscan las piernas; se plegan al budismo escandaloso de sus transgresiones imperdonables para no ser sospechados.

Claro está que se ha hecho hoy un campo propicio a la paz, como antes lo era a la guerra... Los hombres de hoy, con la tirantez económica, vivimos en estado de continua guerra, amenazados por la imperiosa guerra capitalista. Antiguamente vivían en continua paz amenazados por una continua guerra.

De este modo se nos ha venido encima una explicación grandiosa psicológicamente: el estado de paz en nosotros es un ideal, un estado moral activo y la guerra un ancestralismo dormido, resoldado, en estado pasivo. No podemos decir que lo reverso era antiguamente. Posiblemente no existió tal dualismo puesto que esas dos fuerzas tenían carácter independiente y perfil propio.



El antiguo buscaba la guerra teniendo la paz; todos los pueblos al poderlo ofrecieron guerra a sus vecinos. En cambio nosotros deseamos paz porque vivimos en una guerra sin interrupción...

Nuestro idealismo, hoy, es hacer de la paz una quimera inconquistable definitivamente y esto nos hace espirituales, románticos, soñadores... Antiguamente la guerra era la mayor ilusión de un pueblo, su mejor beneficio llevándolo a la práctica, su más grande gloria venciendo.

La guerra, propiamente dicho, es una erupción del estado anterior de guerra. El arte no puede jamás ser antiguerrero, puesto que vive el artista bajo la influencia de su época.

¿No hacen en estado de paz los hombres sus armas, sus aeroplanos, sus cañones, vale decir, los enemigos más formidables? ¿Por qué pretendemos que solamente el artista deba desligarse de los círculos que ciñen su existencia? La guerra, que es la prolongación de un estado de guerra pacífico, puede asombrar al miope, alarmar a los pusilánimes, pero no a nosotros que vemos las cosas con cierta amarga y serena filosofía.

El artista puede sentir intelectualmente repulsión a la guerra, al crimen, a la locura sangrienta, pero él, pacíficamente, colabora en no hablar mal de ella, en desear la paz, en creer en fraternidades...

Hay ex combatientes que odian las batallas, las granadas de mano y los fusiles, pero hablan de la guerra como de una necesidad intransferible. Charlan de planes hermosos, de jefes admirables y de generales simpáticos.

Hay revolucionarios que hablan de paz en las plazas públicas y en los parlamentos besan en largos discursos la bandera o aprecian a un artista que es mediocre, cómodo, insípido y malabarista...

Se dice que los pueblos no quieren la guerra y yo afirmo que los pueblos preparan sus guerras. Se afirma que los artistas modifican el mundo y los artistas viven azotados por el mundo civilizado. Se asegura que el teatro refracta la vida y hace ver a los hombres sus lacras. Sale un Bernard Shaw y hace que los hombres rían del hombre o mejor dicho hace que el hombre se ría de los hombres.

Maravilla el pintor sus telas para producir goces de color a los hombres y éstos buscan esas emociones estéticas para entretenerse de la "pesada" vida cotidiana.

El escultor plasma sus estatuas para sugerir ideas de forma, para inmortalizar estados transitorios de alma y los pueblos admiran en ellas los músculos, espiritualizan la fuerza, vale decir, hacen de la estética una voluptuosidad refinada, extraña, grotesca, feroz, espartana.

El músico compone sus piezas y los oyentes sueñan en las prolongadas marchas guerreras, en las victorias de sus antepasados, en sus legendarios abuelos.

En la guerra última fueron aliados porque

los aliados prometieron un futuro de paz, y, los capitalistas de los países aliados fueron los principales promotores de la sangría iniciada terrible para disfrazarnos. Todo el mundo empeñó el año catorce. Llegando al sofisma más tezaba así: "Yo trabajé por la paz, pero..."; o sino: "Yo amo la paz, pero..."

Todos, pocos se han salvado; hemos contemporizado con los jefes de estados mayores. Casi todos hemos definido posiciones ante el conflicto, y todos, completamente todos, no hemos sentido gran odio a la guerra; de lo contrario ella no se habría producido. Estábamos acostumbrados a ella en su estado latente. Faltaba adaptarse al estallido y nos hemos adaptado. Estamos tan mimetizados que no falta en los dedos de ningún niño un sable por juguete y en ninguna casa un pajarillo encerrado entre finísimos "barrotes". Hablamos del sucio con irreverencia, odiamos al hombre ignorante porque no sabe, y no simpatizamos con un joven escritor porque no nos agrada, porque tiene fallas gramaticales...

Amamos íntimamente el término medio, porque es el reflejo de lo nuestro. Y le decimos en público mediocre a todo el mundo. El idealista es un loco, un extemporáneo, un estúpido; el materialista un grosero, un vulgar, un bestia... Ninguno de esos extremos somos nosotros, son los artistas, son los gobernantes, los jurados y las mesalinas.

Los no idealistas van a las usinas a roturar los campos, a fabricar cañones, los no materialistas se pierden en versos a la luna, cantan al superhombre, elogian la renovación total de los valores filosóficos y terminan en el manicomio. Nosotros, los artistas, los gobernantes, los jueces y las poetisas vivimos apretados por esas dos fuerzas, y como hacemos de línea divisoria nos creemos mejores, sin creernos mediocres, nos imaginamos óptimos sin saber que aislados no valdríamos absolutamente nada...

Pensamos que de esas dos fuerzas tenemos lo más acrisolado y en verdad de verdad de ellos somos la escoria, la basura, la claudicación, el crimen intelectual y la pedantería hecha carne...

Se creen artistas y son solamente refinados, como los obreros creen que le hacen la guerra para matarlos cuando en realidad ellos la preparan y la ejecutan por cobardía para suicidarse como si esperasen que otros les dijeran: ¡mátate! Los idealistas hablan de dulzuras por venir para lograr la terrena, la contemporánea gloria del heroísmo intachable.

El arte es un fenómeno del individuo — causa aparente: artista, creador, etc. — a la sociedad y la guerra es un fenómeno de los gobiernos — causa aparente: tratados, pactos, intrigas de cancillerías, etc. — a la colectividad que la acata, los soldados que las defienden y a las leyes que se subalternizan ante ellas.

El pueblo ignora las ideas de su tiempo, pero el más grosero campesino no deja de saber el momento de guerra y de paz.



vida de sus santulones religiosos, y las hazañas de sus antecesores guerreros.

En cualquier momento narra cuentos de aquelarre, improvisa, y es ligero, chispeante en contestar e imaginar escenas de lujurias. El pueblo vive bajo la guerra en estado más que latente. El pueblo ama las cosas suaves, deslizables, concomitantes y la guerra es la prolongación, el erupción, el síntoma del estado preparatorio de guerra de que todos somos responsables.

Por lo tanto la guerra no es odiada demasiado; la guerra no es temida mayormente porque todos sabemos que esas conferencias de desarme es la fomentación de guerras venideras, el acercamiento, la dilucidación, la revancha de próximas contiendas. Y, además, no podemos odiar con intensidad una cosa que para ella todos los días estamos empeñando nuestras mejores energías.

Pero, hablando sin ironía ahora, todo lo perdono, todo lo disculpo menos que el arte sirva esos fines. El arte debe ser pureza en el fango, oro entre rocas, nieve en las montañas, bondad entre la basura y la escoria de la maldad humana. El arte debe tentar la paz en la guerra, el arte debe ser paz en la lucha, y el artista será siempre un apóstol de la "guerra de ideas" en tiempos de paz. A la guerra debe combatírsela en la simulada paz, la guerra cuando estalla nos absorbe, nos traga, nos convence, nos indefine...

Un artista claudicante es como si Jesús le hubiera lavado las manos a Poncio Pilatos. Tan miserable como el abrazo del futurismo a Mussolini: las niñas sucias del futuro que se agarran a la miserable ferocidad pasada...

Que le destruyan los magníficos paños a la Victoria de Samotracia si ellos sólo han servido, a los que la admiraron, de incentivo para la guerra: el mayor crimen de la estúpida cobardía de los hombres.

Y si el arte no es claridad en el fango, ideas entre sentimientos, odio a lo malo, verdad entre la prostitución masculinista contemporánea, en verdad de verdad os digo que el hacha todo lo destruya.

Y que el odio nos enloquezca, nos muerda las entrañas si no hacemos, a la paz eterna, digna de nosotros.

R. A. J. BERNARDONI.

## Mi pregunta

Si las madres inculcaran en el corazón de sus pequeños, la convicción de que los soldados son asesinos y la guerra un crimen: ¿hijos de quiénes iban a ser los guerreros?

HERMINIA C. BRUMANA.

## LA PAZ Y LA GUERRA

Cuando uno presencia la política armamentista que sigue nuestro gobierno, no sabe si creer en lo que nuestros gobernantes dicen en favor de la paz o en lo que hacen en favor de la guerra.

Para desgracia de la humanidad, el fantasma de todos los días se cierne sobre su tranquilo desenvolvimiento, y mientras la inteligencia del hombre con la ciencia, señala conquistas de inapreciable valor en todos los órdenes de la vida, por otro lado se nos va empujando hacia la guerra contra otros hermanos, que por razones catastróficas nacieron al otro lado de un río, un mar, una cadena de montañas, que se denominan fronteras.

En principio el repudio a la guerra es colectivo. Únicamente la desean espíritus inquietos o menguados o mentes desequilibradas o afiebradas por un exceso de nacionalismo. Lo paradójico de todo esto es, que mientras ningún hombre cuerdo sensatamente sano de cuerpo y espíritu desea la guerra, por otro se permita que nuestro gobierno nos incline insensiblemente hacia allá, gastando 500.000 millones de pesos en elementos bélicos. Si ese repudio instintivo se mostrara cual cuadra a un pueblo civilizado, estos adalides de la fuerza armada deberían caer dentro de ese mismo repudio.

La paz no es obra de un solo hombre. Son las colectividades que deben imponerlas, como se han impuesto las grandes ideas de legislación social, los grandes principios del gobierno del mundo. De no ser así, y delegando nuestro porvenir de paz o de guerra en manos de terceros, la paz será siempre un mito, un símbolo y la guerra un hecho dolorosamente trágico que azota a la humanidad. Con la guerra llegamos a comprender cuánta mentira se encierra, en las palabras del ritual republicano, cuando se proclama la Libertad, la Fraternidad y la Igualdad para felicidad de los pueblos.

TOMÁS I. SCAGLIA.

## Hay un gobierno...

...que pide al Congreso créditos por más de mil millones de pesos para comprar armamentos terrestres y navales. Hay un Congreso que vota esos créditos a pesar de la enérgica y fundada oposición que se hiciera. Y hay un pueblo que vota por ese gobierno y apoya a ese Congreso.

Sólo cabe, a mi juicio, educar a los ciudadanos para la paz, comenzando desde la escuela primaria. Una inteligente difusión de "El Crimen de la Guerra", de nuestro gran Alberdi en los medios populares y obreros serviría a ese fin, mucho más que los discursos, los artículos literarios y la mentirosa y oropesca diplomacia burguesa.

Juan Antonio Solari



# LA GUERRA

He aquí un tema que puede resultar simplemente académico o, por el contrario, profundamente humano y palpitante. Todo depende del punto de vista que se tome para enfocar la cuestión. Si lo que se pretende es un instante de solaz espiritual, de preciosismo intelectual y de divagación literaria, resultará lo primero. Si, en cambio, se siente el problema como una preocupación seria que llega hasta nosotros para hacernos vibrar intensamente, para poner a prueba la sinceridad y el arraigo de nuestras convicciones, el fervor de nuestro idealismo y de nuestra prédica que se mezcla al torbellino de la vida, del dolor, y de las inquietudes cotidianas, entonces resultará lo segundo. Y bien: esta es nuestra disposición frente al problema.

Ante todo, corresponde hacer una aclaración. Hay dos sentidos de la palabra guerra: uno restringido y gramatical que significa lucha o contienda por medio de las armas entre grupos de hombres o entre naciones; otro más amplio y más interesante que expresa toda colisión o choque de fuerzas e intereses humanos en el vasto campo de batalla social, múltiple y complejo en sus frentes y en sus perspectivas. Creo que este segundo punto de vista será más fecundo y más científico.

La filosofía política moderna ha encarado o pretendido encarar infinidad de veces esta cuestión, desde Hegel que, de un punto de vista puramente filosófico, consideraba el fenómeno de la guerra como la exaltación fecunda de la actividad humana, hasta el flamante e histriónico fascismo actual, que, desde un punto de vista eminentemente político, renueva, y en cierto modo completa, las teorías agresivas de los Bismarck y los Maquiavelo.

La humanidad, desde su nacimiento, persigue un fin: la felicidad. ¿Cuáles han sido los medios empleados para alcanzar este ideal? Las primitivas sociedades bárbaras no conocieron otro medio que la guerra, con la cual satisfacían una doble necesidad: conservar la felicidad que ya poseían y conquistar la que les faltaba.

Pero, evidentemente, la solución era errónea; y lo era porque se sacrificaba la felicidad futura a la felicidad presente.

Luego la humanidad pasa de la forma rudimentaria de las sociedades militares, o sea la horda, a las sociedades militares civilizadas, como la del Imperio Romano, la de la monarquía francesa de los siglos XVI y XVII en la que la casta militar es una aristocracia hereditaria; y la de la Turquía moderna, anterior a la guerra de los Balcanes, en la que la casta militar no es hereditaria ni territorial sino burocrática. Pero, aunque civilizadas, estas

sociedades militares poseen una moral pobre de ideales. En efecto: la guerra, ejercitada como profesión, envilece y corrompe, porque se entroniza la audacia y el servilismo, determinando los regímenes absolutistas.

El poder cae en manos de una minoría militar orgullosa, egoísta, sensual, fastuosa y aristocrática, y esa minoría es la que se encarga de organizar la vida social de tal modo que sirve sus particulares intereses. A tal efecto, crea una enorme burocracia civil y militar destinada, por un lado, a satisfacer los apetitos modestos de la clase media — “pan y circo” — y por otro lado, a servir de instrumento de la desigual distribución de la riqueza. En efecto, la misión de semejante sistema político administrativo no es otra que la de recoger una parte de la población — la clase productora, — la mayor cantidad de riqueza, por medio de las contribuciones, para distribuirla en seguida entre una minoría oligárquica. El sufragio universal es mentira y ficción, porque los únicos que toman parte en las luchas electorales son aquellos que se han repartido la riqueza en su provecho. Y bajo la apariencia de la democracia y de la república, se oculta la realidad de la monarquía y el imperio.

El programa del cesarismo que surge de semejante estado de cosas se completa entonces con la idea del Estado soberano y dominador, que se impone en el interior con la fuerza de la ley y en el exterior por la fuerza de las armas erigida en razón suprema; idea heredada de la monarquía absoluta, combatida un instante por la revolución, renovada por los jacobinos de la Convención y vigorizada brutalmente por Napoleón I.

Para transformar en permanente este ideal político, se envenena la conciencia del pueblo por medio de la escuela pública, en la que se exaltan las virtudes guerreras, y por medio de la religión hipócrita, sostén de la reacción y el absolutismo. Sobre esta base, el Estado, instrumento de los intereses particulares, se lanza a las aventuras guerreras arrastrando tras de sí al pueblo inconsciente, que paga su tributo de sangre y de oro, que es el precio de la funesta política colonial y de las espantosas conflagraciones que culminaron en la tragedia continental de 1914.

Después de lo dicho, resulta evidente el error de Spencer al sostener que la evolución tiende a operar el tránsito de las sociedades de tipo militar a las sociedades de tipo industrial. El militarismo, y la guerra, que es su consecuencia, no sólo no han declinado, sino que se van fortificando cada vez más, — contrariando así las idealistas predicciones de



Ferrero — porque precisamente es del militarismo que se sirve el actual régimen industrial capitalista para satisfacer sus ambiciones. Spencer no vió claro el problema porque, obnubilado por su criterio individualista, quiso colocar en el futuro el tipo de sociedad industrial, como definitiva justificación de su finalismo individualista. Porque no hay que olvidar que si Spencer es mecanicista en cuanto a su sistema filosófico, por las proyecciones de su doctrina es en cierto modo finalista.

El problema de la guerra debemos examinarlo a la luz de la tesis marxista. La guerra subsistirá en tanto el Estado, los instrumentos de producción y bélicos permanezcan en manos de la clase capitalista dominante para satisfacer sus ambiciones de lucro, como ha ocurrido desde las guerras Púnicas hasta la fecha. La guerra, como fenómeno político, depende, en último término, como los fenómenos religiosos, jurídicos, morales, etc., del factor económico, que constituye la infraestructura social.

No es posible ya en este siglo estudiar los complejos problemas sociales con el criterio ingenuo de la época heroica y romántica; es preciso hacer sociología aplicada y científica. El pacifismo, desde Kant hasta nuestros tiempos, ha sido una doctrina evangélica y anodina. Desde ahora debe ser una doctrina revolucionaria, y, si es necesario, agresiva. Hay paradojas aparentes como esta, que, en el fondo, son lógicas y verdaderas.

Creo que las guerras — de acuerdo con el sentido amplio a que hicimos referencia al principio de este artículo, — no sólo no tienden a desaparecer, sino que, por el contrario, crecen en intensidad y frecuencia, por la pugna constante de intereses sociales encontrados. Hasta los conservadores acuden ahora a los métodos violentos. Hasta es posible que el parlamentarismo, — fórmula de la paz democrática, — termine con un formidable fracaso, no para dar paso a fascismos ridículos y gesticulantes, como pretende Mussolini, sino con el objeto de desterrar el charlatanismo burgués y constituir gobierno y una autoridad fuerte de las clases productoras, para la tutela enérgica de los verdaderos intereses colectivos, en los cuales descansa el porvenir de la especie.

Proseguirán las guerras. ¡Benditas sean ellas si al fin conducen a la felicidad social!

A esta magna obra de reconstrucción debe cooperar la juventud, abandonando la filosofía egoísta del escepticismo elegante y literario para lanzarse fervorosamente al campo de batalla de las luchas sociales y de la sana política activa, donde su presencia es reclamada urgentemente.

J. OSCAR COSCO MONTALDO.

Montevideo, mayo de 1926.

## La solución democrática

En estas horas de acentuada nerviosidad internacional es preciso realizar un intento de superposición, a fin de considerar si la Liga de las Naciones puede representar el organismo necesario para eliminar las guerras.

Las opiniones se dividen en los que la apoyan y los que la rechazan. Los hay que la rechazan porque pudieran perder parte de su soberanía las naciones; en vista de ello, afirman que deben desvincularse de una institución que pueda herir en cualquier momento la soberanía nacional. Ahora, si este criterio predominara, los resultados serían funestos. Pero la historia de la civilización nos enseña que la humanidad ha ido ensanchando el círculo de las organizaciones políticas. El desarrollo de las nacionalidades y de los pueblos, de menos a más. La nación para el hombre primitivo, no excedía de la familia; fuera de ella consideraba como enemigos a los demás hombres. De la familia se pasó a la tribu, entablándose ruda lucha entre unas tribus y otras, procurándose el exterminio de unas para el beneficio de otros en la lucha por la existencia. Después surge la fratria en Grecia y la curia en Roma. Luego surgieron los Estados regionales, a los que siguieron las monarquías y los imperios; y como forma más perfecta de organización política, apareció la federación de Estados.

Es, pues, indudable que el perfeccionamiento de las organizaciones políticas de los hombres consiste en ir ampliando y ensanchando cada vez más los límites de la Nación. Como los orígenes de las guerras con frecuencia entre los diversos Estados han sido siempre por rivalidades de intereses y por afanes de dominación.

Hasta hoy la humanidad se había detenido en el ciclo de su evolución jurídico-social, en el Estado nacional; cuando más, en una federación de Estados como los que constituyen las mayorías de las repúblicas americanas. El poder público, acatado por los hombres, termina ahí, en tan estrechos límites.

Surge en este momento histórico de la humanidad la Liga de las Naciones como creación de un poder público de jurisdicción universal, pero los egoísmos y codicias mal entendidos de varios pueblos y por desgracia de las principales potencias del mundo, han impedido momentáneamente su consolidación como era de esperarse a fin de estar rodeada de tales garantías de eficacia que pudiera ser realmente el superestado universal que evitara las codicias y la brutalidad de regar los campos de batalla con sangre humana.

(Fragmento del mensaje al Senado de Washington, de 28 de enero de 1917).

JOSÉ DI BONA.



# AMERICA Y EL GRAN CRIMEN

Hombres útiles, combaten los bacilos de la tisis, el cáncer, la avariosis, la lepra; muchos sacrifican la vida en el laboratorio, se contagian en los hospitales, se van de la vida después de toda una existencia de amor humano y de ofrenda. Cumple, cada uno, su trayectoria. El "amáo los unos a los otros", que dijo el labio de Jesús — pero un Jesús rojo como el de "El expolio" del Greco — los inspira, imprime un ritmo singular a sus corazones. Otros hombres combaten el bacilo sangriento de la guerra — el gran crimen — legado como una maldición por el alma torturada de los siglos. Frente a la turba de "estadistas", escritores, maestros y artistas, que exaltan la guerra, afirmando que ella es para el hombre "una necesidad biológica como la de comer", amor, de fraternidad, de comprensión, entre los hombres, para vivir la vida sagrada, frente a los que viven la vida hipócrita. Estos se van, también, luego de cumplir sus trayectorias; se irguieron frente al gran crimen, no con una prédica "soñadora", sino con el pecho desnudo, el labio blasfemo y los puños cerrados. El pecho desnudo, fué y es en muchos casos, para el fariseo militarista o "patriotero", algo tan puro, que inyectó en rojo la pupila, armó la mano homicida, incitó al crimen individual, aplaudido por los "apóstoles" del gran crimen. Entonces, es en cualquier parte, en la joven América o en la decrepita Europa. El apóstol del amor cae, el homicida vive y, a veces, recibe el premio de su crimen. El último apóstol en caer fué Jean Jaurés. Su sangre noble, empurpura todavía el alma de Francia. La guerra se hizo, se perpetró el crimen, pero la prédica del sacrificio no fué estéril; se perpetuó, en otros espíritus luminosos, como el de Rolland y Barbusse. La humanidad los conoce; la humanidad que rotura la tierra y fecunda los surcos, canta en los yunques y fraguas, trasuda en los vientres monstruosos de las fábricas y talleres, ama y sufre, está con ellos, escucha sus palabras, se orienta; urge y vuelve sus grandes ojos hacia la Santa Rusia, el único fruto magnífico salido del seno de la masacre, como una formidable aurora de nueva vida. La guerra, que es el fratricidio, sancionado por la moral hipócrita y la filosofía que erige como apotegma único a la fuerza, es el bacilo que la humanidad debe destruir, para santificarse en la verdadera vida. Europa, que carga sobre sus débiles hombros la mole de sus crímenes históricos, no se salvará de perpetrar una y muchas veces más el gran crimen, a menos que la verdad, que se hizo alba luminosa en la tiniebla cerrada de la Rusia zarista, avance como un incendio haciendo luz

en el espíritu de los pueblos martirizados, capaces de redimirse y buscar a costa de todos los dolores, el camino de la salvación. Pero si Europa no se salva, si cae bajo la maldición de su propio destino — que no supo o no quiso vivir en trabajo, en amor y fraternidad — América puede y debe salvarse, repudiando al gran crimen, a sus exaltadores y fariseos, oponiéndoles la palabra de los hombres ejemplares, depurando valores, exaltando el trabajo, el amor y la vida. La experiencia histórica la acompaña; la visión real y amarga del fratricidio la tienen sus pupilas; sus pueblos han sentido y sienten los dolores y las injusticias de todos los oprimidos de la tierra y ya saben cómo un pueblo puede hallar su salvación. Rusia tuvo en Lenín al padre de la revolución, brazo, cerebro, guía. No ha surgido en América el padre de su gesta social, pero tiene hombres, animados de ideales de redención y justicia. En el fragor de los discursos patrioterros y de las prédicas armamentistas, de los histriones de América, se oyeron y se oyen las palabras de hombres, que realizaron y realizan sus obras y sus trayectorias, acusando una recia virtud, entre todas, su valor moral; Agustín Alvarez, Barret; Vasconcellos, Ingenieros, Mariategui. Vienen predicando la vida armoniosa entre los hombres de América, frente a los militaristas y a los "boleadores" de levita, que sólo sueñan en la conquista, la opresión y el botín. ¡Hay que estar contra el gran crimen! Deben estarlo todos los pueblos de América, todos los hombres de voluntad y de corazón generoso. América puede y debe salvarse, para ser la Canaán de la fraternidad y el amor! Si Europa se siente impotente para refrendar sus errores, débil para sufrir el proceso de depuración necesario para emprender el camino de la nueva vida, incapaz de libertarse de la tiranía militarista entronizada en el poder, habrá terminado su destino y el de su civilización. Sólo América, entonces, debe encarnar el ideal de paz y de justicia entre los hombres, porque ya ha sentido el soplo redentor en Méjico; no en balde Romain Rolland, el hombre de la paz, desde su retiro, habla a las juventudes nuevas de América y las incita a persistir en el ideal de justicia social, porque de ellas es el futuro. ¡Hay que estar contra el gran crimen! Pero las mismas causas producen los mismos efectos. La fiebre armamentista y el culto al gran crimen, destrozaron a Europa. Aquí en América, la misma fiebre y el mismo culto, harán tabla rasa con el ideal de sus hombres ejemplares y el de las nuevas generaciones, si no se les llama a juicio a sus voces. En su dicho un espíritu disciplinado, en



una obra de reflexión interna, (Saúl A. Tabor, en "El ideal de América"): "Estados Unidos, ahito con los áureos escudos de Tarpeya, que ha engullido en su fúnebre comercio, adiestra sus legiones, para sacudir guerreando la modorra del hartazgo; Chile calma los ayunos de su pueblo con sueños de conquista y afila diariamente sus espadas, con una finalidad menos noble que aquella que radicaría en el propósito de acenillar las entrañas de sus minas; el Brasil adquiere, cada día, una máquina de guerra, con el dinero con que debiera adquirir hachas para explotar sus selvas y útiles de escuela para redimir a sus habitantes de la espantosa indigencia mental a que se hallan sometidos; y la Argentina, fuerza su presupuesto para comprar acorazados, cuando lo que le falta son transportes para conducir sus trigos; para comprar cañones, cuando lo que le falta son arados para labrar sus pampas..."

Los pueblos de América deben erguirse contra las mentiras hipócritas, que se acumulan para "justificar" el fratricidio, máxime cuando son ellos — la entraña sagrada y sufriente que se llama Pueblo — los que irán al sacrificio para vivir, seres y hogares, la negra noche de la amargura. Sólo así, América, contra el crimen de la guerra y en el culto del amor y de la paz, se aproximará a la "creación del hombre universal, por cuyos labios hable libremente el espíritu", a todos sus hermanos de la tierra, en amor y en belleza.



*Para que los capitalistas ganaran la partida, este soldado perdió los brazos, quedó sin quijadas y con la boca destrozada.*

## ELOGIO DEL SARGENTO LEGUIZAMON

Feo como dos horas de imaginaria  
en lo peor del invierno — de dos a cuatro —  
salvaje como el tigre de su Corrientes,  
rudo como ese potro que está amanzando.

No sabe de familia, pues no la tiene,  
y como — ¡diga el Diablo si será humano! —  
nada comprende el pobre de humanidades  
sólo es docto en puteadas y latigazos.

Nació perro y de perro vivirá siempre,  
siempre humillado pero siempre humillando.  
Es estropajo suyo la pobre tropa  
y él, de los oficiales es estropajo.

Crinado como el pampa de nuestras pampas;  
amargo, más amargo que el mate amargo;  
entre los matorrales de su Corrientes  
debió ser como el hongo, que nace guacho.

Aristóbulo Echeagaray



## LOS PENSADORES

DESAPARECEN COMO REVISTA,  
PERO CONTINUARA PUBLICANDOSE

COMO BIBLIOTECA



## EL PROBLEMA DE LA PAZ PERMANENTE

El problema de suprimir la eventualidad de conflictos guerreros no sólo es soluble, sino que tiene varias soluciones, todas ellas positivas y prácticas. Pero, naturalmente, no se las va a encontrar en las divagaciones sentimentales y pintorescas de los Tolstoy, Zola, Anatole France, Barbusse, Romain Rolland, etc., muy brillantes literatos, pero que no se han distinguido como poseedores del peculiar espíritu científico que se requiere para el entendimiento causal de los fenómenos físicos, como lo es el hecho de que, en momentos dados, los hombres se dediquen al asesinato colectivo.

Ese hecho, como todos los demás hechos humanos, individuales o sociales, es un hecho físico (y como tal debe encararse, buscando sus relaciones de causa y efecto) por la razón de que el hombre pertenece al mundo físico, al mismo título que una planta, una roca o una nube.

Por ley física (o natural), todo concertado acto humano colectivo resulta de leyes legales, escritas o no y dictadas o no por los gobiernos de las naciones. De una ley o decreto dictado por la comisión directiva de un sindicato obrero o capitalista resulta el hecho colectivo de una huelga; y de otro análogo depende la cesación de ella, lo mismo que de decretos gubernativos dependen el comienzo y fin de una guerra nacional.

Pero, aquí no nos interesa especialmente el caso particular en que se produce o termina una guerra dada, sino que consideramos cuáles pueden ser las leyes que determinan permanentemente la posibilidad o imposibilidad de que las guerras se produzcan.

Cualquier nación cuyas instituciones han llegado a cierto grado de perfeccionamiento democrático, tiene ya resuelto, de hecho, el problema de evitar las guerras civiles o revoluciones sangrientas internas. Desde que al sistema constitucional argentino, por ejemplo, se le añadió la ley electoral de Sáenz Peña, ha concluido para siempre el período de las guerras civiles, por ninguna causa, en la República Argentina; del mismo modo que es inverosímil una guerra civil en los Estados Unidos, e igualmente lo son en ambos países las dictaduras militares. Pueden éstas surgir en naciones como Italia, España, Grecia, Polonia, Inglaterra, Portugal (1), Alemania o Francia (como en Chile antes de la reforma constitucional), debido a que las instituciones de esos países no han llegado aún a suficiente perfección democrática; pero nunca en las dos repúblicas americanas mencionadas, según lo

he demostrado en el ensayo "El presidencialismo argentino frente al fascismo" ("Nosotros", abril de 1925.)

Queda, sin embargo, abierta la posibilidad de guerras entre naciones, mientras no se dicten leyes adecuadas para evitarlas. Este efecto preventivo puede producirse por acuerdos internacionales o bien sin necesidad de ellos, que es lo más inmediatamente práctico.

Hay, por lo pronto, que descartar las pretendidas soluciones de índole educativa, que relegan la venturosa paz para tiempos en que el hombre deponga sus instintos de crueldad ancestral (dicen) y de egoísmo, dedicándose al derretimiento de amor por sus semejantes, aprendiéndose de corrido el Sermón de la Montaña y otras paparruchas semejantes.

Tampoco hace mucho al caso repetir las pinturas o lamentaciones literarias sobre los horrores de la guerra, pues de eso estamos todos convencidos hace rato y nada en concreto puede hacer adelantar el asunto, como tampoco lo podrán los líricos proyectos de desarme.

El efecto positivo buscado depende de ciertas leyes gubernativas, y, por lo tanto, para cada nación depende en cuarto lugar del gobierno que las ha de dictar; en tercero, del pueblo que ha de imponer al gobierno, mediante sus sufragios, que las dicte; en segundo, de los intelectuales que han de aprender y enseñar al pueblo qué clase de leyes debe exigir; y, en primer lugar, del o de los pocos individuos científicos y geniales que han de descubrir las leyes naturales que rigen la cuestión, e idear las leyes legales que con vengan.

Hasta ahora, sólo esos pocos individuos geniales han cumplido su tarea; los hombres cultos o intelectuales, salvo escasas excepciones, (entre las que me cuento), no han comenzado la suya; los pueblos están, naturalmente, esperando que la luz les llegue de algún lado; y los gobiernos, como también es natural, esperan que el impulso les venga de la opinión pública, manifestada concretamente en las urnas electorales.

La gran solución dada por Henry George para todos los problemas sociales, consistente en la supresión de la propiedad privada de la tierra, el librecambio combinado con ella (y sin la cual éste es imposible), y en la supresión de los empréstitos, lleva implícita, por de contado, la solución al problema de la paz permanente.

Sin lugar aquí para extenderme, apuntaré solamente que habiendo como motivos religiosos y dinásticos desaparecido como causas de la guerra, quedan solamente los motivos económicos (y sus derivados políticos). De estos lo



lo cuentan los que proceden del deseo de apropiarse el monopolio de porciones de tierra valiosas, como lo son especialmente las que contienen minas de carbón, hierro, petróleo y oro; o bien el propósito de obtener ventajas aduaneras.

Debe notarse que el estado de cosas moderno ya no es propicio, ni consiente, puede decirse, partir directamente en guerra para adueñarse de tales bienes, sino que, al ir individuos o empresas particulares previa y legalmente apropiándose los, se crean luego las complejas circunstancias que impelen al estallido guerrero. Pero claro es también que si en el Transvaal, Persia, Méjico, en la Lorena, en el Riff, en Taena y Arica o en Comodoro Rivadavia no existieran leyes que permiten la pacífica adquisición de tierras a los Cecil Rhodes, a la Standard Oil ni a ninguna clase de particulares *extranjeros o nativos*, tales circunstancias nunca llegarían a producirse.

Razones científicas, que no hay aquí lugar para exponer, explican por qué tales empresas plutocráticas, con fines de lucro fabuloso, persiguen la apropiación de monopolios territoriales y no la apropiación con tales fines de tiendas, zapaterías o fábricas de chocolate, por ejemplo, que nunca podrían darlo ni ser causa de conflictos bélicos. La cuestión del zarandado imperialismo se insume, pues, en la general cuestión de la tierra; y buscarla fuera de ahí es charla superficial.

Del mismo modo caería por su base el intento de ventajosas intervenciones aduaneras en un país, por débil que fuera militarmente, si careciera de aduanas; y no podría ejercerse presión financiera relativa a empréstitos, ni intervenciones de ningún género para cobrarlos, en un país que no los tuviese contráidos.

Pero ha de tenerse presente que una nación no puede subsistir sin deudas, ni aduanas, en verdadero librecambio, sino mediante la apropiación de todo el suelo del país por el Estado, percibiendo toda su renta para cómodamente costear con ella los gastos de la administración pública.

En fin de cuentas, siempre llegamos a la conclusión de que las leyes que mantienen la institución de la propiedad privada de la tierra son la causa directa o indirecta de todas las guerras modernas.

Aparte de esa solución de fondo, hay otra de notable sencillez, que, como aquélla, tampoco requiere acuerdos internacionales para ser adoptada, pues puede hacerlo independientemente cada país que lo desee, y fué sugerida por Max Hirsch hace 25 años en las págs. 242 y 43 de su admirable obra "Democracy versus Socialism" (cito de la 2.ª edición, Londres, 1924).

Consiste, dicho brevemente, en disponer por ley que en casos de guerra, el gobierno, así como usualmente requiera las personas de los ciudadanos para mandarlos al matadero, re-

quiere igualmente los dineros y demás riquezas que se necesiten para costear la guerra, en lugar de tomarlas prestadas a buen interés como hasta ahora es uso. Sería un santo remedio preventivo para que, aun en el estado actual, las clases acudadas y el periodismo que las sirve (ayudados por la vocinglería de los tarambanos patrioterros), se guardaran muy bien de impeler al gobierno a declarar una guerra, que tan mal negocio les sería, desde el día mismo de comenzar las costosas hostilidades.

(Esta solución, que yo apunté en "Nosotros" (mayo de 1918), ampliándola después en conferencias callejeras, y en el periódico del Partido Liberal Georgista (nov. 17 de 1921), la he visto expuesta hace poco en un artículo firmado en París por Albert Bayet, transcrito en "El Día", de Montevideo (ag. 23-1925), citándola del diario "Christian Science Monitor", de Nueva York. Probablemente éste, que no conozco en original, ha tomado la idea de Max Hirsch).

Otra solución igualmente eficaz (pero que requiere un acuerdo más difícil de obtener, por ser internacional), está indicada hace cinco años en el programa del Partido Liberal Georgista (hoy Sociedad Liberal Georgista), cuyo artículo 10 dice así: "Adhesión a una liga de naciones fundamentada en el librecambio y el *"boycott"* internacional como sanción, y cuyo tribunal esté formado por delegados elegidos directamente por los pueblos mediante el sufragio universal de hombres y mujeres".

Sería conveniente, y casi indispensable, ocupar algunas páginas fundamentando y dilucidando en detalle el significado de las propuestas que he apuntado, pero se me ha pedido un escrito "breve y contundente" y no creo discreto extenderlo más, fiando en que los lectores de esta revista son hombres de atención empeñosa hacia los problemas sociales; en que dicha atención se ha de ver redoblada ante la horrible importancia que el problema de la guerra tiene, y en que a los intelectuales no les faltará perspicacia para suplir algunos considerandos... ni para comprender el papel que les corresponde en el segundo lugar de acción que les está asignado.

Nada o muy poco queda por descubrir o inventar sobre este problema ni sobre ningún otro problema social, desde que Henry George publicó sus monumentales obras, pero queda mucho que aprender y enseñar. No digo que "educar", entiéndase bien.

## Claridad

Aparece el día 23  
de julio próximo.



Kuhue, Luis.—¿Estoy sano o enfermo? ....	0.20
Romero, L. D. Dr.—¿Es contagiosa la tuberculosis? .....	0.20
Rosch, Dr.—Higiene del matrimonio .....	0.20
Sánchez de la Rivera, D. Dr.—Profilaxis de las enfermedades sexuales .....	0.20
Sighele, Escipión Dr.—La mujer y el niño ..	0.20
Sirlin, Lázaro Dr.—Hacia la cultura sexual.	0.20
Sommer, Luis.—Cómo se evitan los peligros de la lujuria .....	0.20
Suárez Casañ, V. Dr.—Fenómenos sexuales ..	0.20
Tairens Drangs, E. Dr.—La mujer en el amor y la voluptuosidad .....	0.40
Vargas Marty, F. A. Dr.—El matrimonio, el divorcio y el adulterio .....	0.20
Venette, Dr.—Pintura del amor conyugal ...	0.20
Blech, Aimée.—Enseñanza teosófica .....	0.20
Sirlin, Lázaro Dr.—Estudios sexuales .....	0.20
Gutiérrez Salazar, Luis.—La Esterilidad ...	0.20

### LOS PENSADORES

Un tomo conteniendo: Los espectros, de Leonidas Andreieff; Misas herejes y otras poesías, de Evaristo Carriego; Los simples y otros poemas, de Guerra Junqueiro; El misionero, de Almafuerte; Idilios y fantasmas, de Pío Baroja; Lilian, de Enrique Sienkiewicz, y Memorias, de Enrique Heine	1.—
Un tomo conteniendo: Regalo de amante y Morada de Paz, de Rabindranath Tagore; La Humanidad del porvenir, de Enrique Lloria; Defensa de la Internacional, de Salmerón y Pi y Margall, y Rusia en las tinieblas, de H. J. Wells .....	0.30

### TEATRO CONTEMPORANEO

Alvarez Quintero, S. y J.—Cancionera .....	0.20
Benavente, Jacinto.—La Malquerida .....	0.20
Benavente, Jacinto.—Los ojos de los muertos ..	0.20
Benavente, Jacinto.—Los intereses creados ..	0.20
Villaespesa, Francisco.—La Leona de Castilla	0.20
Romero y Fernández Shaw.—Doña Francisquita .....	0.20
Muñoz Seca, Pedro.—La venganza de Don Mendo .....	0.20
Linares Rivas, Manuel.—Primero vivir .....	0.20
Dicenta, Joaquín.—Juan José .....	0.20
Martínez Sierra, G.—Amanecer .....	0.20

### TEATRO NUEVO

González Castillo, José.—Hermana mía .....	0.40
Pico, Pedro E., y Juan León Bengoa.—La grieta .....	0.40
Defilippis Novoa, F.—Los caminos del mundo	0.20
Bellán, José Pedro.—La Ronda del Hijo .....	0.20
Samuel Eichelbaum.—La hermana terca .....	0.20
Guibourg, Edmundo.—Cuatro Mujeres .....	0.20
Rodríguez Prous, J. C.—El rebaño negro ...	0.20

### NOVELAS DE AVENTURAS

Conan Doyle, A.—Un crimen misterioso .....	0.20
Poe, Edgar Allan.—Un viaje a la luna .....	0.20
Salgari, Emilio.—Los naufragos del Spitzberg	0.20
Verne, Julio.—Una invernada en los hielos..	0.20

### LOS CONTEMPORANEOS

Solari, Juan Antonio.—Cosas y Tipos .....	0.40
Solari, Juan Antonio.—Cosas y Tipos (papel pluma) .....	1.—

### LOS NUEVOS

Omorim, Enrique M.—Tangarupá .....	0.50
Amorim, Enrique M.—Tangarupá .....	1.—
Barletta, Leonidas.—Los Pobres .....	0.50
Barletta, Leonidas.—Los Pobres .....	1.—
Castelnuovo, Elías.—Malditos .....	1.—
Castelnuovo, Elías.—Tinieblas .....	1.—
Mariani, Roberto.—Cuentos de la Oficina...	0.50
Mariani, Roberto.—Cuentos de la Oficina...	1.—
Yunque, Alvaro.—Versos de la calle .....	1.—

### CLASICOS DEL AMOR

Flarilegio del Amor (Lo que han dicho sobre el Amor los más grandes espíritus de la Humanidad) .....	0.30
Mauclair, Camilo.—La magia del amor .....	0.30
Morales San Martín, B.—Fidelidad conyugal	0.30
Musset, Alfredo de.—Margot .....	0.30
Nordau, Marx.—Cómo aman las mujeres ...	0.30
Ovidio.—Arte de amar .....	0.30
Rueda, Salvador.—La cópula .....	0.30
Turgueneff, Iván.—Y así pasó el amor .....	0.30
Valle Inclán, R. del.—Corte de amor .....	0.30
Ingenieros, José.—Estudios sobre el amor ...	0.20

*Estas obras se venden en los kioscos, librerías y puestos de periódicos  
Los pedidos a la Administración se remiten francos de porte.*

# EDITORIAL CLARIDAD

Dirección Postal: C. de Correo 736—Administración: Independencia 3531  
Buenos Aires



**PIDAN:**

**“QUILMES**

**DE**

**INVIERNO”**

**La mejor cerveza para la estación**